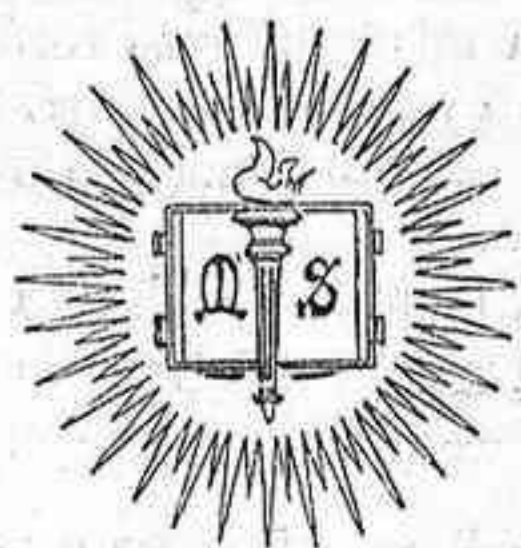




# Ilustracion Artística



Año XXI

← BARCELONA 24 DE MARZO DE 1902 →

Núm. 1.056

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



SANTA TERESA ANTE EL CRISTO DE LA COLUMNA,

escultura de Gregorio Hernández, existente en la iglesia de Carmelitas Descalzas de Avila



## SUMARIO

**Texto.**—*El alba del Viernes Santo*, por Emilia Pardo Bazán. — *Pensamientos.* — *Los treinta dineros de Judas.* Leyenda, por F. Moreno Godino. — *Salomé, la gallarda*, por Cristóbal de Castro. — *Nuestros grabados.* — *Noticias de teatros y de neocrología.* — *Problema de ajedrez.* — *El pasado de una madre*, novela ilustrada (conclusión). — *Francisco Masriera y Manovens*, por A. García Llánsó. — *El general boer Delarey.* — *Descubrimiento arqueológico en Poitiers.*

**Grabados.**— *Santa Teresa ante el Cristo de la Columna*, escultura de Gregorio Hernández. — Grupo de siete grabados que representan otras tantas escenas de la Pasión de Jesucristo. — *Dejad venir á mí los niños*, escultura de Gustavo Eberlein. — *El drama del Calvario*, cuadro de Domingo Morelli. — Dibujo de Triadó que ilustra el artículo titulado *Salomé, la gallarda.* — *Mater Dolorosa*, cuadro de Adolfo Echlér. — *Las Santas Mujeres en el camino del Calvario*, cuadro de Domingo Morelli. — *El sepelio de Cristo*, cuadro de Francisco Kirchbach. — *Francisco Masriera y Manovens.* — *El general boer Delarey.* — *Pietà*, grabado original de Oscar, conde de Freiburg.

## EL ALBA DEL VIERNES SANTO

Cuando creyendo hacer bien hacemos mal — dijo Celio — el corazón sangra, y nos acordamos de la frase de una heroína de Tolstoi: «No son nuestros defectos, sino nuestras cualidades, las que nos pierden.» Cada Semana Santa experimento mayor inquietud en la conciencia, porque una vez quise atribuirme el papel de Dios. Si algún día sabéis que me he metido fraile, será que la memoria de aquella Semana Santa ha resucitado en forma aguda, de remordimiento. Así que me hayáis oído, diréis si soy ó no soy tan culpable como creo ser.

Es el caso que — por huir de días en que Madrid está insoportable, sin distracciones ni comodidades, sin coches ni teatros y hasta sin grandes solemnidades religiosas, — se me ocurrió ir á pasar la Semana Santa á un pueblo donde hubiese catedral, y donde lo inusitado y pintoresco de la impresión me refrescase el espíritu. Metí ropa en una maleta y el Miércoles Santo me dirigí á la estación; el pueblo elegido fué S..., una de las ciudades más arcaicas de España, en la cual se venera un devotísimo Cristo, famoso por sus milagros y su antigüedad y por la leyenda corriente de que está vestido de humana piel.

En el mismo departamento que yo viajaba una señora con quien establecí, si no amistad, esa comunicación casi íntima que suele crearse á las pocas horas de ir dos seres sociables juntos, encerrados en un espacio estrecho. La corriente de simpatía se hizo más viva al confesarme la señora que se dirigía también á S... para detenerse allí los días de Semana Santa.

No empiecen ustedes á suponer que amaga algún episodio amoroso, de esos que en viaje caminan tan rápidos como el tren mismo. No me echó sus redes el amor, sino algo tan dañoso como él: la piedad. Era mi compañera de departamento una señora como de unos cuarenta y pico de años, con señales de grande y extraordinaria belleza, destruída por hondísimas y lacerantes penas, más que por la edad. Sus perfectas facciones estaban marchitas y adelgazadas; sus ojos, negros y grandes, revelaban cierto extravío y los cercaban cárdenas ojeras; su boca mostraba la contracción de la amargura y del miedo. Vestía de luto. Para expresar con una frase la impresión que producía, diré que se asemejaba á las imágenes de la Virgen de los Dolores; y apenas me refirió su corta y terrible historia, la semejanza se precisó, y hasta creí ver sobre su pecho anhelante brillar los cuchillos, seis hincados en el corazón, el séptimo ya á punto de clavarse del todo.

— Yo soy de S..., declaró con voz gemidora. He tenido siete hijos, ¡siete!, á cual más guapo, á cual más bueno, á cual más propio para envanecer á una reina. Tres eran niñas, y cuatro, niños. Nos consagramos á ellos por completo mi marido y yo, y logramos criarlos sanos de cuerpo y alma. Llegado el momento de darles educación, nos trasladamos á Madrid, y ahí empiezan las pruebas inauditas á que Dios quiso someternos. Poco á poco, de enfermedades diversas, fueron muriéndose seis de mis hijos..., ¡seis!, ¡seis!, y al cabo, mi marido, que más feliz que yo sucumbió al dolor, porque su mal fué un padecimiento del hígado, de esos que la melancolía engendra y agrava. ¿Comprendé usted mi situación moral? ¿Se da usted cuenta de lo que seré yo, después de asistir, velar, medicinar á siete seres tan amados; de presenciar siete agonías, de secar siete veces el sudor de la muerte en las heladas sienes, de recoger siete últimos suspiros que eran el aliento de mi vida pro-

pia, y de amortajar siete rígidos cuerpos que habían palpitado de cariño bajo mis besos y mis ternezas? Pues bien: lo acepté todo, ¡todo!, porque me lo enviaba Dios; no me rebelé, y sólo pedí que me dejasen al hijo que me quedaba, al más pequeño, una criatura como un ángel, que, estoy segura de ello, no ha perdido la inocencia bautismal. Así se lo manifesté á Dios en mis continuos rezos: ¡que no me quite á mi Jacinto y conservaré fuerzas para conformarme y aceptar todo lo demás, en descargo de mis culpas!.. Y ahora...

Al llegar aquí, la madre dolorosa se cubrió los ojos con el pañuelo y su cuerpo se estremeció convulsivamente al batir de los sollozos que ya no salían afuera.

— Y ahora, caballero..., figúrese usted que también mi Jacinto se me muere.

Salté en el asiento; la lástima me exaltaba como exaltan las pasiones.

— Señora, ¡no es posible!, exclamé sin saber lo que decía.

— ¡Sí lo es!, repitió ella, fijándome los ojos, secos ya, por falta de lágrimas. Jacinto, creen los médicos, tiene un principio de tisis; me voy á quedar sola..., es decir, ¡no, quedarme no!, porque Dios no tiene derecho á exigir que viva, si me arrebató lo único que me dejé. ¡Ah! ¡Si Dios se me lleva á Jacinto..., he sufrido bastante, soy libre! ¡No faltaba otra cosa!, añadió sombríamente. ¡A la Virgen sólo se le murió uno!

— Dios no se lo llevará, afirmé por calmar á la infeliz.

— Así lo creo, contestó ella con serenidad que encontré asombrosa. Así lo creo, así lo espero, y á eso voy á mi pueblo, donde está el Santo Cristo, del que nunca debí apartarme. El Santo Cristo fué siempre mi abogado y protector, y á El vengo — porque El puede hacerlo — á pedir el milagro, la salud de mi hijo, que allá queda en una cama, sin fuerzas para levantarse. Cuando yo me eche á los pies del Cristo, ¡veremos si me lo niega!

Transfigurada por la esperanza, irradiando luz sus ojos, encendido su rostro, la señora había recobrado, momentáneamente, una belleza sublime.

— ¿Usted no ha oído del Santo Cristo de mi pueblo? Dicen que es antiquísimo, y que lo modelaron sobre el propio cuerpo sagrado del Señor, cubriéndolo con la piel de un santo mártir, á quien se la arrancaron los verdugos. Su pelo y su barba crecen; su frente suda; sus ojos lloran, y cuando quiere conceder la gracia que se le pide, su cabeza, moviéndose, se inclina en señal de asentimiento al otro lado...

No me atreví á preguntar á la desolada señora si lo que afirmaba tenía fundamento y prueba. Al contrario: la fuerza sugestiva de la fe es tal, que me puse á desear creer, y por consecuencia á creer ya casi, toda aquella leyenda dorada de los primitivos siglos. Ella prosiguió, entusiasta, exaltadísima:

— Y dicen que cuando se le implora al amanecer del día de Viernes Santo, no se niega nunca... Iré, pues, ese día, de rodillas, arrastrándome, hasta el camarín del Cristo.

Así terminó aquella conversación fatal. Prodigué á la viajera, lo mejor que supe, atenciones y cuidados, y al bajarnos en S... nos dirigimos á la misma fonda — tal vez la única del pueblo. — Dejando ya á la desdichada madre recluída en su habitación, fui á visitar la catedral, que es de las más características del siglo XII: entre fortaleza é iglesia, y con su ábside rodeado de capillas oscuras, misteriosas, húmedas, donde el aire es una mezcla de incienso y frío sepulcral, parecido al ritmo, ya solemnemente tranquilo, de las generaciones muertas. Una de estas capillas era la del Cristo, y naturalmente despertó mi curiosidad. Dí generosa propina al sacristán, que era un jobado bilioso y servil, y obtuve quedarme solo con la efigie, á horas en que los devotos no se aparecían por allí y podía, sin irreverencia ni escándalo, contemplarla y hasta tocarla, mirándola de cerca. Era una escultura mediocre, defectuosa, que no debía de haber sido modelada sobre ningún cuerpo humano. Poseía, no obstante, como otros muchos Cristos legendarios, cierta peculiar belleza, una sugestión romántica indudable. Sus melenas lacias caían sobre el demacrado pecho; sus pupilas de vidrio parecían llorar efectivamente. Lo envolvía una piel gruesa, amarillenta, flexible, de poros anchos, que sin ser humana podía parecerlo. Bajo los pies contraídos y enclavados, tres huevos de avestruz atestiguaban la devoción de algún navegante. Su enaguilla era de blanca seda, con fleco de oro. Registrando bien, armado de palmatoria, vi que el altar donde campea el Cristo destacándose sobre un fondo de rojo damasco, está desviado de la pared, y que, por detrás, queda un hueco en que puede haber

una persona. Carcomida escalerilla sube hasta la altura de las piernas de la efigie; y encaramándome por ella, noté que el paño de damasco tenía una abertura, un descosido entre dos lienzos, y que por él asomaba la punta de un cordel recio, del cual tiré maquinalmente. Al bajar de nuevo á la capilla y mirar al Cristo, observé con asombro, al pronto, con terror, que su cabeza, antes inclinada á la derecha, lo estaba á la izquierda ahora. Sin embargo, casi inmediatamente comprendí; subí la escalera de nuevo, tiré otra vez, bajé, y me cercioré de que la cabeza había girado al lado contrario. ¡Vamos, entendido! Había un mecanismo, el cordel lo ponía en actividad, y el efecto, para quien, ignorándolo, estuviese de rodillas al pie de la efigie, debía de ser completo y fulminante.

Creo que ya entonces germinó en mí la funesta idea que luego puse por obra. No lo puedo asegurar, porque no es fácil saber cómo se precisa y actúa sobre nosotros un propósito, latente en la voluntad. Acaso no me dí cuenta de mi inspiración (llamémosle así) hasta que mi compañera de viaje me advirtió, la noche del Jueves Santo, que pensaba salir á las tres, antes de amanecer, á la capilla del Cristo, y me encargó de sobornar al sacristán para que abriese la catedral á una hora tan insólita.

— Yo deseaba más aún, advirtió ella. Deseaba quedarme en la capilla toda la noche velando y rezando. Pero tengo miedo á desmayarme. ¡Estoy tan débil! ¡Se me confunden tanto las ideas!

Cumplí el encargo, y cuando todavía las estrellas brillaban, nos dirigimos hacia la catedral. Nos abrieron la puerta excusada del claustro, luego otra lateral que comunica con las dos primeras capillas absidales, y pretextando que me retiraba para dejar en libertad á la señora — cuyo brazo sentí temblar sobre el mío todo el camino — aproveché la obscuridad y un momento favorable para deslizarme detrás de la efigie, en lo alto de la escalera, donde aguardé palpítandome el corazón. — Dos minutos después entró la señora y se arrodilló, abismándose en rezos silenciosos. El alba no lucía aún.

Trascurrió media hora. Poco á poco una claridad blanquecina empezó á descubrir la forma de los objetos, y vi la hendedura, y vi el cordoncito, saliente, al alcance de mi mano. Al mismo tiempo escuché elevarse una voz, ¡qué voz!.. Ardiente, de intensidad sobrehumana, clamando, como si se dirigiese, no á una imagen, sino á una persona real y efectiva:

— ¡No me le lleves! Promételo... ¡Es lo único que me queda, es mi solo amor, Jesús! ¡Dios mío! ¡Promete! ¡No me le lleves!

Trastornado, sin reflexionar, tiré pausadamente del cordoncito... Hubo un gran silencio, pavoroso; después oí un grito ronco, terrible, y la caída de un cuerpo contra el suelo... Me precipité...

— ¿Se había desmayado?, preguntamos á Celio todos.

— Eso sería lo de menos... Volvió en sí..., ¡pero con la razón enteramente perdida! Nos burlamos de las locuras repentinas en novelas y comedias... ¡y existen! Cierta que aquella venía preparada de tiempo atrás, y sólo esperaba, para mostrarse, un choque, un chispazo.

— ¿Y el hijo? ¿Se murió al fin?

— El hijo salvó, para mayor confusión y vergüenza mía, murmuró Celio.

EMILIA PARDO BAZÁN.

## PENSAMIENTOS

Amar es encontrar en la felicidad de otro la propia felicidad.  
LEIBNITZ.

«Es preciso hacer lo que los demás,» máxima sospechosa que significa casi siempre: «Es preciso obrar mal.»

— La imposibilidad en que me encuentro de demostrar que no hay Dios, me descubre su existencia.  
LA BRUYERE.

La muerte nos despoja de nuestros bienes, pero nos viste con nuestras obras.  
J. PETIT-SENN.

Una de las reglas que deben tenerse más presentes es hacer de buen grado aquello que por obligación ha de hacerse.  
NICOLE.

La paciencia es más difícil que el valor; la resignación, más meritoria que el sacrificio.  
MME. BLANCHECOTTE.

Resistamos sin temor la opinión de las gentes, pero á condición de que nuestro respeto para nosotros mismos aumente en proporción á nuestra indiferencia para ella.  
MME. DE SWETCHINE.

Hay una pedantería peor que la de la ciencia, y es la pedantería de la ignorancia.  
MME. LUISA AUDEBERT.





LOS TREINTA DINEROS DE JUDAS

LEYENDA

I

Jesús entra triunfante en Jerusalén. Poco tiempo después, el Senado romano pregunta al procónsul de Judea:

— ¿Quién es ese hombre que se titula rey de los judíos?

Y el procónsul contesta:

— Es un hombre de maravillosa virtud y hermosura, llamado Jesús Nazareno. Es grave, de vida ejemplar y de aspecto majestuoso. Predica una doctrina purísima que embelesa á las gentes. Cura á los enfermos y resucita á los muertos; y en resolución, hace tales cosas, que parece superior á los hijos de los hombres.

Y el Senado, admirado, está á punto de darle cabida entre los dioses del Panteón. Pero entonces no se colmarían las Escrituras; por esto dice Prudoho-

me, el librepensador, que la mesiada de Jesús constituye el más hondo misterio psicológico.

El Senado no coloca á Jesús entre los dioses del Panteón, pero hace lo que pocas veces; la política romana era expansiva con los pueblos sometidos; con tal que éstos reconociesen su soberanía y pagasen el debido tributo, dejaba á los reyes y á los tetrarcas amplia libertad de gobierno. Sin embargo, á las excitaciones de Herodes, rey de Judea, y del sanedrín, que encarecían la necesidad de cortar la propaganda revolucionaria del Cristo, el Senado contesta: «Aguardad.»

Y tenía que ser así para dar tiempo á que cundiese la buena nueva y á que la semilla de la redención prendiese en la tierra.

Jesús había entrado triunfante en Jerusalén; mas poco después era impopular en la ciudad, porque desde lo alto del Monte de las Olivas el Cristo profetizó la destrucción del templo de la capital de Judea, y este templo representaba para el judío toda su historia, y por tanto el pueblo creía tan perdurable su santuario como su dios. Así, pues, la mayoría de la población de Jerusalén acogió con fruición las acusaciones que los escribas, los fariseos y el sanedrín en masa propalaban contra Jesús, y éste sólo propagaba su doctrina entre las gentes de las aldeas y de los campos. El año de la Pasión anticipó el calor del estío en Palestina, el rey Herodes dejó su palacio de Jerusalén, aquel palacio que quizá no ha tenido igual, cuyo muro circular medía trece metros de altura, cuyos aposentos eran de mármoles, jaspes y ágatas, con incrustaciones de piedras preciosas como no las tuvo jamás ni la misma magnificencia romana. Fué á habitar una mansión situada en la ribera del mar de Tiberiades, y desde allí, secundado por el sanedrín de Jerusalén, incitaba al gobierno de Roma para que pusiese término á las predicaciones de Jesús. El Senado enteróse de la impopularidad del Cristo en Jerusalén; mas tal vez juzgó peligrosa su propaganda entre las poblaciones rurales y ordenó al procónsul de Judea, con su laconismo imperial: «Haced prender á Jesús y procesadle.»

Esta orden estremeció de alegría á la asamblea litúrgica de Jerusalén; lo principal estaba conseguido, sólo faltaba apoderarse del Cristo, que no tenía residencia fija y que hacía excursiones á distancias prodigiosas. El sanedrín puso en juego á todos sus agentes, y uno de ellos, llamado Malco, el más activo é inteligente, logró ponerse en contacto con uno de los discípulos de Jesús.

II

Declinaba el día; el Cristo, sentado en el brocal del pozo del Cedrón, recibía de lleno los rayos del sol, que no deslumbraban sus ojos acostumbrados á los resplandores celestés. Sus discípulos Pedro y Judas Iscariote dormían á la sombra de un bosquecillo de palmeras, el primero con el sueño del bienaventurado y el segundo agitándose en convulsiones de pesadilla.

Súbito Jesús sintióse levantado en el aire; Luzbel le conducía á través del espacio, y se posó con Él en la cima del más alto monte de Armenia, desde donde se descubría el universo, que el ángel malo mostróle todo entero. El Mesías vió los mares y los continentes: aquéllos brillantes y tendidos, y éstos pululando en objetos asombrosos. Vió á los monarcas de la tierra, cubiertos unos con la púrpura de Tiro y otros con las nevadas pieles de Moscovia, recibiendo las adoraciones de millares de pueblos ó elevados sobre el pavés al son de bélicas trompas. El deslumbrante panorama de los mundos con su variedad infinita cruzó ante los ojos del Cristo, que pudo sondear mejor que nadie sus ocultas y prodigio-

sas bellezas, puesto que por Él habían sido creadas. — Si me adoras, todo eso será tuyo, le dijo el ángel rebelde.

Y viendo que el Cristo continuaba silencioso, prosiguió diciendo:

— En medio de esos inmensos países elevaré el trono de tu gloria. Los reyes vendrán desde las regiones en donde sopla cada viento para rendirte homenaje: sus caballos y sus camellos, cargados de riquezas para ti, estremecerán la tierra. Si quieres exterminarlos, yo te daré el broquel de fuego y la espada invencible. Habla, ¿quieres adorarme?

Jesús, pálido con la nube del pecado, quería alzar los ojos al cielo y no podía separarlos de la tierra. Fascinado como el ave por la mirada magnética de la serpiente, hinchado de emoción su pecho, el orgullo serpeaba por todo su ser como un raudal entre peñascos movidos de un terremoto. Hubiera podido desvanecer aquella visión tentadora y decir al eterno réprobo: «¿A qué me ofreces lo que es mío?»

Pero entonces, siendo Dios, hubiera dejado de ser hombre, y el misterio de la Pasión no hubiera llegado á su complemento. No; quería luchar como hombre, luchó sobreponiéndose á la tentación del orgullo, y cerrando los ojos, despeñóse de la montaña para, como el altud, hacerse más grande en la caída. ¡Oh! Esta prueba fué más terrible que la del Monte de las Olivas; pues el temor á la muerte no es tan doloroso como el temor al pecado: Lucifer, esto es, el que lleva la luz, ya no la llevaba; la soberbia había obscurecido su inteligencia desde su rebeldía.

Creyendo engañar al Cristo, anonadado por la caída, llevóle al pozo del Cedrón, para que supusiera que aquella visión gloriosa y aquella repulsa habían sido un sueño.

Jesús se repuso; murmuró «¡Todo va cumpliéndose!» y despertó á los dos discípulos que aún dormían.

Comenzaba á caer la noche.

Judas Iscariote dijo:

— Maestro, si me das tu venia, iré á cuidar á José de Arimatea, que está muy enfermo.

— Ve, pues, contestó Jesús.

El apóstol besó al Salvador en la frente y repuso:

— ¿Dónde te hallaré mañana?

— Dos horas antes de ponerse el sol, estaré en el Monte de las Olivas ó en el Huerto de Getsemaní, al otro lado del torrente Cedrón; allí me encontrarán los que me busquen.

Judas se alejó, siguiéndole Jesús con una mirada llena de tristeza, y cuando quedóse solo con Pedro, dijo á éste:

— En verdad te digo, Pedro, que los hechos van cumpliéndose. Retén bien mis palabras. Cuando yo os falte, guardaos, porque vosotros sois los vientos que han de esparcir las semillas. Si tú dejas de verme, ve inmediatamente á Roma; pues allí tienes que llevar á cabo la misión más grande y más fructífera para la humanidad.

— Maestro, interrumpió el humilde apóstol, si yo dejo de verte, sólo sabré llorar y morir.

— No, Pedro, tú vivirás por los siglos de los siglos.

III

Judas Iscariote no se encaminó á casa de José de Arimatea para cuidarle, según había dicho, sino á la sinagoga de Jerusalén, en donde preguntó por Malco. Salió éste al atrio, y luego ambos á un espacio deshabitado comprendido entre las dos murallas circunvaladoras de la ciudad. Detuviéronse junto á la penumbra del muro, y Judas dijo:

— Traigo noticias de Jesús.

— Y yo, esto, por si son buenas, contestó el agen-



te de la sinagoga, enseñando al apóstol un paquete cilíndrico.

— Desde dos horas después de comenzar el descenso del sol hasta su ocaso, el maestro estará mañana en el Monte de las Olivas ó en el Huerto de Getsemaní.

— ¿Estará?

— Siempre está donde dice.

— Pues bien: aquí tienes lo prometido, dijo Malco entregando á Judas el paquete. No hemos pactado el adelanto, pero yo te le hago. Si el golpe resulta en vago por culpa tuya, yo sabré buscarte. Adiós.

Malco volvió á la sinagoga, el apóstol se dirigió á un cubículo que tenía en la ciudad cuando pernoctaba en ella. El paquete que había recibido contenía treinta dineros de plata, apilados y arrollados en un doble papiro verde. Judas, sin contarlos, se los guardó en el bolsillo izquierdo del manto. No, seguramente; la avaricia ni la necesidad no fueron el móvil de la traición del mal apóstol; hay que buscarla en la fatalidad, en la *designación*, que induce á algunos padres á dar la muerte á sus hijos, sin ningún provecho para aquéllos. Judas, antes y después de su delito, luchó contra su conciencia, como lo probó castigándose á sí propio. Andaba despacio y tambaleándose, como el que siente la congestión de la embriaguez.

El cansancio físico, puesto que hacía tres días que no dormía, si se exceptúa la breve siesta junto al pozo del Cedrón, embotaba en su espíritu la percepción del crimen que había consumado; así fué que ya en su dormitorio, quitóse el manto y dejóse caer desplomado en el lecho. ¿Qué noche pasó? Ninguna lengua humana podría expresarlo, sobre todo cuando transcurridas las primeras horas, despertó á ese crepúsculo del sueño que han sentido tantos enfermos y tantos excitados por grandes pasiones; las pesadillas que no pueden desecharse, la tensión de los nervios que hace saltar en la cama, los rumores del silencio poblado de siniestros gritos, los espejismos de la obscuridad que penetran á través de los párpados cerrados.

Llegó el día; la luz de la mañana penetró por la alta ventana del cubículo; los hierros de ésta, caprichosamente labrados, proyectaron en la pared frontera jirones de sombra, á los que la imaginación de Judas, que había abierto los ojos, dió formas espectrales y espantosas; eran como larvas y escolopendras colosales, que alargándose desde la pared, pero sin desprenderse de ella, llegaban hasta el lecho y le buscaban el sitio del corazón.

Quiso levantarse y no pudo, una pesantez invencible le retenía en la cama.

Y así pasó horas y horas, y así vió enrojecerse la pared con la luz del mediodía, desvanecerse ésta en tintas difusas, hasta que por fin extinguióse por completo. El mal apóstol descansó relativamente, porque las visiones habían desaparecido. Volvió á la realidad de la vida y se preguntó: «¿Que habrá pasado hoy en Jerusalén?»

Súbito un vivo resplandor penetró por la ventana, era como la luz de un incendio. Judas oyó voces lejanas que parecían salir del fondo de un abismo. Sintióse más ágil, se incorporó, luego saltó del lecho, vistióse, abrió la puerta del cubículo y salió al exterior. Como el cubículo estaba situado en un arrabal, entre las dos murallas que rodeaban la ciudad, Judas sólo vió un vivo resplandor que provenía de lo alto; más al penetrar en ella por el segundo recinto, quedóse asombrado. Todos los edificios oficiales y litúrgicos estaban iluminados; fué aquello un prodigio de la actividad del odio, pues sólo habían transcurrido algunas horas desde el apresamiento de Jesús. El templo, el pretorio, la sinagoga, el sanedrín, el muro del palacio de Herodes, el interior estaba deshabitado, la casa del Pontífice Pilato, todo resplandecía de luz. El mal apóstol llegó á la plaza de Xistos, la mayor de Jerusalén, que estaba llena de gente. Desde allí veíase la Torre Antonia, torreón colosal rodeado de otros sesenta menores, que servía de ciudadela á la población. El torreón estaba también iluminado, y en un transparente leíase la siguiente inscripción:

*Jesús de Nazaret, descendiente de David,  
y Rey de los Judíos, ha fijado su trono en la ergástula  
de los legionarios.*

Constituían éstos la guarnición romana de Jerusalén. El jefe no había querido iluminar el cuartel, no por compasión hacia el Cristo, sino por desprecio hacia un acontecimiento que él suponía sin importancia; pero accedió á que sirviese de prisión á aquél, encerrándole en la ergástula, en donde habitaban los esclavos que servían y limpiaban las armas de los orgullosos soldados romanos. Judas leyó el transpa-

rente, y oyó á las turbas de la olocracia, de aquella olocracia que algunos días después debía pedir la condenación de Jesús y la liberación de Barrabás, mofarse de la sarcástica inscripción.

El traidor discípulo sintió golpes en las sienes y una punzada en el corazón. Todo aquello era obra suya; él había robado el pan del cielo á multitud de hambrientos, el había hecho que se desbordase aquel torrente de odio contra el Cordero que venía á redimir los pecados del mundo. Faltábale aire que respirar, aquellas luces herían sus ojos, como los rayos del sol á los de las aves nocturnas. Dejó la plaza, siguió las calles menos estrechas y salió de la ciudad por la puerta de los Rebaños.

#### IV

¿Adónde iba? Ni lo sabía él mismo. Caminaba á campo traviesa, sin volver la vista hacia Jerusalén, sin mirar al cielo para no ver el resplandor de la ciudad maldita, y sin mirar á la tierra, quizá anhelando que le sepultara algún precipicio. Oía gritos de cornejas, que abundan en aquel campo, y en torno de su cabeza revoloteaban murciélagos de Palestina, grandes como palomas.

Andaba, andaba, y la casualidad ó la atracción le condujeron á un sitio á propósito para su estado de ánimo. Llamaban á este sitio la *Cañada de los Peñascales*, y estaba situado á dos estadios de la ciudad. Era, en efecto, una cañada encerrada entre dos montes de pedernal. Formaba declive, y más abajo había un valle profundo. Estaba llena de enormes pedruscos no arraigados al suelo, y ni la ignorancia antigua ni la ciencia moderna de los aerolitos podrían explicarse aquella aglomeración de piedras en un mismo lugar. Era éste siniestro; la creencia popular suponía que de vez en cuando, titanes invisibles hacían caer aquellos enormes monolitos. Había allí muchas plantas, pero sólo dos arbustos: un tamarindo y un cedro, que crecían á corta distancia uno de otro; ¡cosa rara!, pues juntos, ambos se perjudican en su desarrollo. Abundaban los reptiles, especialmente los anfibenas, no pequeños como los de Europa, sino negros y midiéndolo diez ó doce codos de largo; no venenosos, pero ágiles y moviéndose casi incesantemente.

Judas entró en la cañada cansado y dolorido, porque en el lado del corazón sentía punzadas como si le atravesaran saetas de fuego. Sentóse en un peñón próximo al cedro, llevóse la mano al pecho, y tropezó con el paquete de monedas, precio de su traición. Le tomó en la mano sin darse apenas cuenta de lo que hacía; y sintiendo alivio á su dolor, iba á arrojarle al suelo, pero un movimiento inexplicable de previsión hizo que buscara un hueco en la peña en que estaba sentado, que tenía muchas grietas, y le metió en una de ellas.

Todo el que sufre busca la obscuridad; el mal apóstol creyó encontrarla en aquel sitio, pero se engañó en parte; la luz de la luna, en su mayor creciente, reverberaba en el pedernal de los montes, produciendo una penumbra clara como un crepúsculo que empieza. Judas, no sintiendo el dolor del corazón, ni el intenso fulgor de las luminarias de la ciudad, pudo pensar ó delirar más bien, puesto que antes sólo había podido sufrir. Sentado, como estaba, cerca del cedro, vió salir de entre el ramaje de éste un bulto negro, que se fué alargando, y que después de mecarse en el aire, llegó en una sacudida hasta el tamarindo, y prendióse á él, como la cuerda floja de un arco. El mal apóstol conocía los anfibenas, y vió los movimientos de aquél, sin recelo de pesadilla, más bien con pueril curiosidad. Los grandes dolores suelen tener á veces estos desahogos incomprensibles: cuéntase de Darío que, vencido en Arbeles y fugitivo, detúvose en su huída para observar la inocente estratagema de un escarabajo que tendióse boca arriba, según costumbre, para hacerse el muerto, pero sin soltar la bola producto de su trabajo.

El anfibena suspendido entre los dos arbustos, balanceóse primero, y después, encogiéndose por su comedio, formó un triángulo, que ensanchándose presentó la figura de una circunferencia grande. Tenía la cabeza enlazada al tamarindo y sus ojuelos pajizos fijáronse con insistencia en el traidor discípulo. Éste le miraba también, sufriendo una especie de fascinación. Quiso apartar la mirada, y sólo pudo hacerlo para fijarse en la circunferencia formada por el cuerpo del reptil, que se movía, sin perder la postura vertical. Judas se puso en pie, y atraído por el círculo magnético, metió en él la cabeza con un movimiento rápido. Entonces se estrechó aquél, rozándole sin oprimirle; al contacto estremeciéndose el desgraciado, y sintiendo quizá el anhelo de la vida, quiso sacar la cabeza de aquel dogal viviente; hizo

esfuerzos para agrandarle con las manos; pero se le escurrió entre ellas el viscoso cuerpo de la culebra.

El círculo iba estrechándose. Judas miró al cielo tachonado de estrellas, que le parecieron ojos ciclópeos que se fijaban en él...

Luego hubo un ruido semejante al que produce la trituración de vísceras y tendones.

Así, pues, el mal apóstol Judas Iscariote murió estrangulado, pero no ahorcado, en la completa aceptación de la palabra, porque sus pies siempre posáronse en la tierra.

#### V

Al día siguiente comenzó la Pasión: el drama sublime de los siglos, que ninguna mente humana podría concebir. El drama que resume todas las emociones de la humanidad, excepto la de la sensualidad, que es la piedra de toque de todas ellas y que no puede caber en el martirio de un immaculado. Los dolores de la maternidad, las angustias del amor filial por el abandono de la madre, la piedad de las santas mujeres, los remordimientos del mal discípulo, las cobardes aunque momentáneas negaciones del más bueno, la soberbia del mal ladrón, la fe sencilla del bueno, el sarcasmo y la codicia de los soldados que sortean la túnica inconsútil, el terror producido por el terremoto, la esperanza en la resurrección gloriosa del Redentor, el odio de la raza de Judá, que todavía dura: ¿qué emoción, qué fibra vibrando en el alma humana falta á esta epopeya divina? Insondable como el mar, se presta, sin embargo, á la consideración de los *elegidos*, que llevan en sí la luz que ilumina las conciencias. La igualdad de la conciencia humana besando toda entera los pies del Salvador, sería la negación del libre albedrío y de los merecimientos de la fe. Por eso existen impíos que le desconocen, apoyándose en la ciencia del mundo, que no es la ciencia de Dios; por eso hay pensadores como Víctor Hugo que sólo admite un Dios resplandeciente y niega á un Dios llagado y dolorido, porque la mente de los no elegidos no comprende la grandeza del sacrificio; por eso hay ateos que intentan suprimirle para librarse de la temerosa carga de la conciencia; pero todos, al negarle, le sienten en los oscuros abismos de ésta.

¿Qué era el mundo antes de la mesíada? Un semillero de tiranías y embrutecimientos, en el que Platón y Sócrates, los justos de aquel tiempo, proclamaban la esclavitud como base de la sociedad. La estrella de la igualdad sufría entonces un eclipse completo, hasta que resplandeció en Belén, atrayendo á los poderosos á la adoración del humilde niño que nacía en un pesebre. Desde entonces empezó ese trabajo de zapa, esa labor de centurias, que principia en la conciencia y termina en la caridad. La caridad, hija del crucificado, será la que resuelva los pavorosos problemas que hoy preocupan á la sociedad.

Jesús había dicho á sus discípulos: *Si yo os faltio, guardaos, porque vosotros seréis la luz del mundo*, y durante la Pasión, los discípulos se guardaron, bien por obediencia ó bien por debilidad humana. Sólo Pedro, el más cariñoso de todos ellos, arrojó el peligro de ser conocido y denunciado como cómplice del delincuente, si bien negando tres veces á su divino maestro. A la ansiedad que le producían las fases del proceso del Cristo, agregóse la incertidumbre de su propio destino.

«Tú fundarás un imperio poderoso,» habíale dicho Jesús. ¿Con qué medios? «Tú vivirás por los siglos de los siglos.» ¿Cómo, cuando sentía que las fuerzas le abandonaban y sus piernas comenzaban á flaquear? Además, aquel imperio no debía fundarse en Palestina, sino en Roma, en la ciudad de los Césares, dominadora del mundo.

Llegó el día terrible, el día del Gólgota. Pedro, confundido entre la multitud, vió avanzar á Jesús por la calle de la Amargura, tropezando, cayendo, ciego con la sangre que empapaba su corona de espinas, y no quiso ó no pudo ver más. Abriéndose paso entre la muchedumbre, huyó en dirección opuesta al Calvario, y por coincidencia, quizá providencial, salió de Jerusalén por la misma puerta por donde había salido Judas, y sus pasos inconscientes encamináronle al mismo sitio en que ahogaron al traidor apóstol sus remordimientos. Entró en la cañada de los Peñascales, y dejóse caer en el suelo, desplomado de dolor. Allí, con la faz vuelta hacia la tierra, calculó el trayecto que debía recorrer el Cristo condenado, interrumpiendo sus cavilaciones para orar y para llorar. Sólo la madre del Redentor sufrió angustia mayor, tanto que el sencillo apóstol se decía: «Sí, si ahora no muero, es que soy inmortal.» Desde aquel sitio no se oía ningún rumor; sin la promesa del Cristo, Pedro hubiera supuesto que





DEJAD VENIR A MI LOS NIÑOS, escultura de Gustavo Eberlein



aquel lugar era su tumba inmensa, y que los dos montes de pedernal iban á juntarse formando una cripta para sepultarle.

De pronto comenzó á llover copiosamente; el apóstol vió una hendidura abierta en el muro de una de las montañas de pedernal, y encogiéndose, se refugió en ella. Cesó la lluvia, el cielo quedó despejado y salió aquél de su escondrijo; mas apenas puso el pie en la tierra, fué derribado por una violenta sacudida. El suelo oscilaba como la cubierta de un buque combatido por la borrasca, y Pedro, levantándose maltrecho, sólo tuvo tiempo para volver á meterse en la hendidura.

Desde allí presenció el terremoto más grande que han visto las edades, puesto que transformó en gran parte la topografía de Palestina, invadiendo el mar Muerto y el de Tiberiades, en los que hizo surgir promontorios.

En el cielo no había ni una nube, pero durante dos horas la obscuridad fué completa. Envuelto en ella el apóstol sentía ruidos de baladros, silbos y piedras que se chocaban. Aquella convulsión de la naturaleza causábale un doble sobresalto, pues haciale presentir que el sacrificio del Gólgota habíase consumado.

Volvió á haber luz, el sol brillaba en la cresta de uno de los montes, pues aún quedaban tres horas de día. El suelo estaba firme, aunque agrietado, y Pedro salió de su agujero. La cañada tenía otro aspecto; donde antes pedernales había ahora hoyos, y muchos de aquéllos, amontonados, formaban bloques gigantescos. Veíanse algunos anfibios y reptiles muertos, pero la mayor parte de los muchos que pululaban en aquel lugar coronaban la cima de los dos montes, en donde

instintivamente se refugiaron. Del cedro y del tamarindo apenas quedaban vestigios; de este último, nada; del primero, solamente una parte del tronco tronchado.

Pedro, lleno de sorpresa, contempló aquel sitio de desolación, alzó los ojos al cielo y luego oró de rodillas llorando.

— ¡Señor, exclamó al terminar su plegaria, esta conmoción de la naturaleza me prueba que al abandonarla tú, todo ha acabado en ella!

— No, Pedro, todo empieza ahora, dijo una voz detrás de él.

El apóstol se incorporó, volvió la cabeza y quedóse admirado, viendo una mujer que le miraba con fijeza. Estaba en el albor de la juventud. Su rostro asemejábase al de la Virgen María antes de ser madre, mas no llevaba como ésta un manto azul recordando el cielo, sino una túnica verde como el color que domina en la tierra. Sus ojos eran menos dulces, pero más enérgicos que los de la Inmaculada. No se encorvaba como la madre del Salvador, ni como María de Magdala, ni como María Cleofé bajo el peso de los dolores de la Pasión, y manteníase erguida como la palmera joven.

— Pedro, dijo aquella mujer, vengo á recordarte tus deberes. Hoy han sacrificado al Cordero...

El apóstol prorrumpió en un sollozo.

— Hoy ha sido la muerte, pasado mañana será la resurrección. ¿Cuándo partes para Roma?

— Mujer, quienquiera que seas, ¿por qué ahondas

mis venas, como Andrés, sangre de Judas Macabeo; yo no poseo, como Pablo, el verbo de la elocuencia; yo no tengo en el brazo, como Santiago, el vigor de los milites romanos. ¿Por qué me ha elegido á mí?

— Porque tú posees la virtud más ensalzada en el cielo: la humildad.

— Pues bien, mujer: yo, pobre pescador, que nunca he sabido más que tender la red y manejar la vela, intentaré ir á Roma; pero los años me pesan, las fuerzas empiezan á faltarme, y temo sucumbir en el camino. Desde que murió el Cordero ya no hay milagros...

— ¡Siempre, Pedro! ¿Ves aquel objeto que resplandece en el suelo con el brillo de la esmeralda? Pues constituye un milagro del Señor en favor tuyo.

El apóstol, admirado, alzó de la tierra el bulto luminoso; era el paquete de los treinta dineros que Judas escondió en el intersticio de un peñasco deshecho probablemente por la conmoción del terremoto recientemente acaecido.

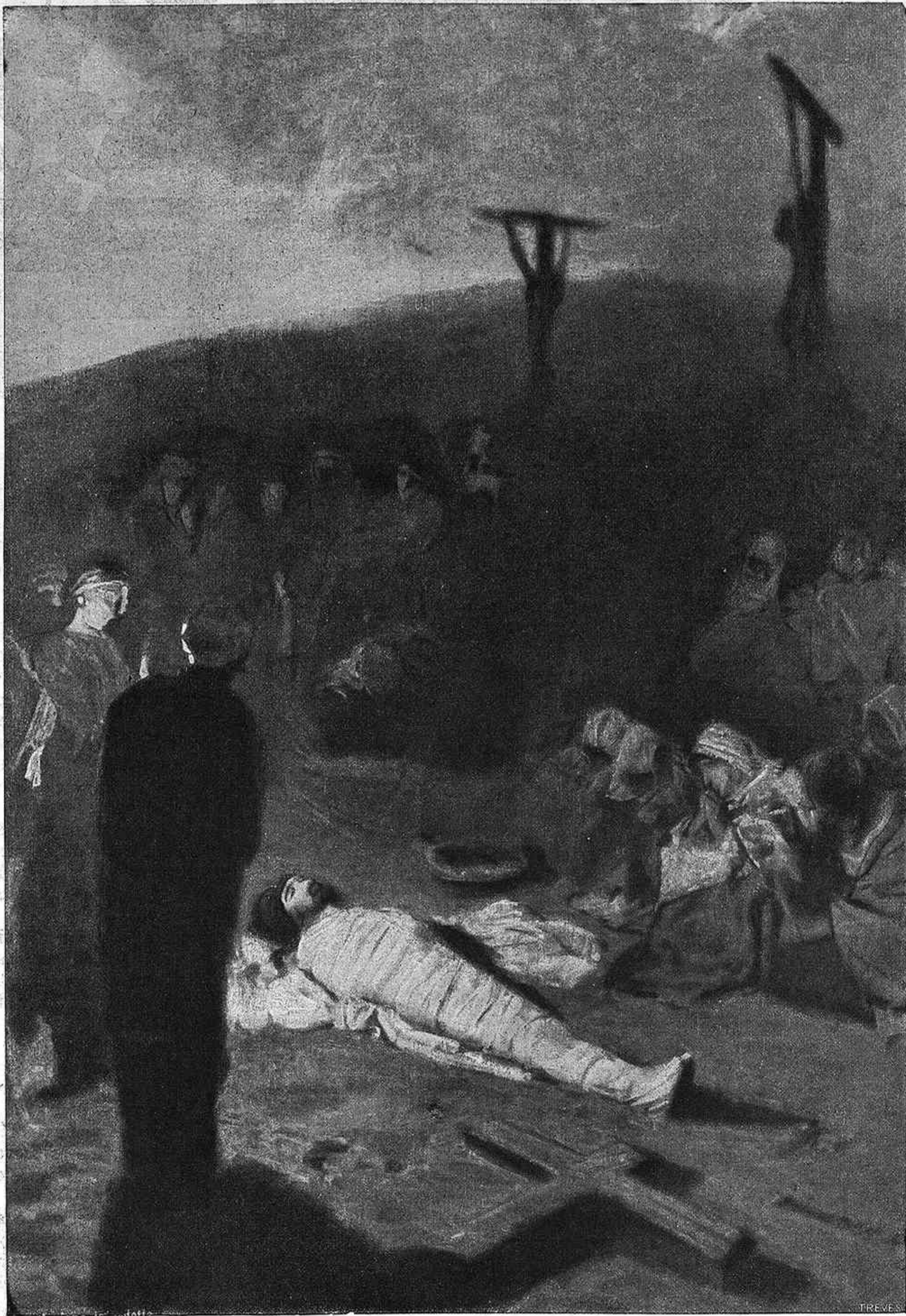
Pedro desenvolvió el papiro verde y comenzaron á caer al suelo monedas de oro.

— Todo eso es tuyo, Pedro, dijo la mujer; eran treinta dineros de plata, precio de un delito horrendo, que hanse transformado en sex tercios romanos de oro, el Señor te los endona, el Señor que hace surgir del mal el bien. Ya no tendrás que caminar pobre y desvalido, sino en caravanas espléndidas y en bajeles que te llevarán á las tierras de Occidente.

— Pero tú, ¿quién eres, ¡oh mujer!, que así conoces los designios del Todopoderoso?, exclamó el apóstol en el colmo del asombro.

— En Roma lo sabrás. Vale.

Y aquella mujer se alejó, deslizándose ga-



EL DRAMA DEL CALVARIO, cuadro de Domingo Morelli

la herida de mi corazón?, contestó Pedro. Al rayo de dolor por la pérdida del maestro, se aduna la incertidumbre de la desobediencia. ¿Por qué el Salvador no funda el imperio de que debo ser base en Palestina, donde nació y predicó y derramó su sangre por la humanidad?

— Al hombre no le es dado investigar los designios divinos; sin embargo, yo voy á revelártelos en parte. Roma es el foco de luz en donde se fijan las miradas del mundo, y desde allí llegará más pronto la luz al universo. El Cristo quiere triunfar de los poderosos; para que su triunfo tenga más persuasión, el Cristo desea fundar nuevas maravillas sobre las que están á punto de derrumbarse, el Cristo quiere al volver á la tierra poner el pie en el pedestal más glorioso que han visto las edades. ¡Oh, Pedro, qué hermosa misión la tuya! El te lo ha dicho; tú, encarnado en tus sucesores, vivirás por los siglos de los siglos, reinarás en su nombre, los monarcas y los potentados vendrán á besarte el pie, las gentes acudirán á recibir tu bendición, con el ansia de los ganados sedientos que se abrevan en el manantial, y los pueblos y naciones te rendirán, no los tributos del miedo, sino los del amor...

— ¡Oh!, interrumpió el apóstol, ¿y por qué el Señor me ha elegido á mí para esa misión superior á mis fuerzas y á mis merecimientos? Yo no llevo en

llardamente entre las zarzas, piedras y reptiles muertos.

## VI

Pedro fué á Roma, y allí, en los valles, en las ruinas, en los columbarios y en las catacumbas propaló la Buena Nueva.

Dios le dió el don de la elocuencia que no deslumbra, pero que persuade; y con el tesón de la fe labró la *sede* portentosa que es el punto de intersección entre el cielo y la tierra.

Llegó la hora de su martirio; y cuando Pedro caminaba al lugar del suplicio, triunfador y sereno, mas con incierto paso por causa de la debilidad de su vista, oyó una voz que le dijo:

— Pedro, ¿vas al martirio?

— Voy donde el Señor me lleva.

— Sea. Tú me has unido á mí, la esposa del Cantar de los Cantares, con mi *Real Esposo*, ó la *Iglesia* con *el Cristo*. Tu misión está terminada; ve, pues, á la muerte inmortal.

Hace de esto veinte siglos, y la barca de Pedro el pescador, transformada en nave poderosa, boga por los mares de la vida, entre las sirtes y tempestades del espíritu humano.

F. MORENO GODINO.





## I

En aquel tiempo, Jesús se retiró á la Galilea y fué á morar á Cafarnaüm, ciudad marítima de la otra parte del Jordán.

Allí predicaba á los gentiles, obrando cada día milagros nuevos. Y las gentes de Jerusalén y de Decápolis venían á él, como atraídas por la piedra imán. — Pastores de la montaña, labradores del llano, mujeres que vendían los tejidos de sus telares, soldados que desertaban de sus legiones, pescadores de las orillas del mar Muerto, traficantes en miel y en aceite..., todo un pueblo de hombres creyentes y de mujeres sencillas acudía á escuchar la divina palabra.

Y el maestro, joven y tranquilo, lleno de caridad y de amor, se llevaba detrás á las muchedumbres, que besaban la orla de su túnica.

Había por aquellos lugares un palacio, entre cuyos umbrosos jardines se arrullaban las tórtolas, y en cuyos lagos, de agua como el cristal, se paseaban los cisnes gentilmente. — Era el palacio de Salomé, la gallarda, famoso por sus opulencias, grande como el templo de Sión y lleno de cuantos regalos cabe imaginar.

Salomé había sido, años antes, admiración de la Roma cortesana. La emperatriz Livia copió sus vestidos y sus peinados; la cómica Heboe imitaba su gesto airoso y sus andares de reina; y el propio Tiberio, encendido por un amor febril, la citó dos noches de luna á los misteriosos jardines del Palatino.

Al cabo, Salomé casó con un pretor licencioso, del cual enviudó á los pocos meses. Y harta y desahogada de aquel vivir, dejó á Roma y acogióse al retiro de su palacio de Cafarnaüm. Allí hacía vida más espiritual y amable, atenta sólo al cultivo de su pasado y repasando en las horas de la siesta — bajo el entoldado peristilo de su patio con flores — las dulzuras de sus quince años. Entonces era la hija de un lapidario; no tenía un palacio, como ahora; pero tenía un amor... El amor de Noal, su siervo, muerto en la flor de la vida por la barbarie de un centurión.

Tenía Salomé el mirar sin brillo, la color muerta, el cuerpo sin garbo, tardío el hablar, cerca las lágrimas, y lejos, muy lejos, la risa.

Desabrida de todo, corría el palacio de luz á luz, perfumando las estancias con el aire de sus hondos suspiros. — En el baño, mientras las esclavas hermo-seaban la suavidad de sus carnes morenas con ayuda de esponjas y de afeites, la gallarda judía estaba en ensimismamiento; y al suspirar con fuerza, tintineaban sus preciosos collares.

Los paseos que por el lago daba, remando en su canoa de cedro, llenábanla el ánimo de melancolía. Y cuando las bailarinas de Iberia sonaban sus crótalos en repiqueteos alegres, Salomé se ponía triste.

Solamente al anochecer, gustando en la soledad de su terraza los desmayos del sol, que transponía por los cerros de Cananea, la gallarda Salomé se reanimaba un poco.

Mirando los caminos por donde en otro tiempo, y montado en su yegua, venía aquel Noal tan llorado, Salomé pasaba las horas.

Por aquellos días, el Nazareno obraba milagros y las mujeres iban diciéndolos de casa en casa. — En Emaus sanó á un curtidor lunático; dos ciegos que le aguardaban en el camino junto á una viña cobraron la vista á la sola palabra de Jesús. Y días antes,

en tierra de Genasar, había resucitado á la hija de un cesterero.

Sobre esto y sobre su amor meditaba Salomé, sola y enamorada, en aquella terraza fresca, donde los nardos blanqueaban entre lo obscuro y desde la cual respirábase los aires que venían del Jordán.

— ¿Y si el Nazareno tiene ese poder?... ¿Y si es verdad que los muertos resucitan? ¡Noal, Noal! Por volver á oírte diera yo cuanto tengo. Porque me mirases me vendería esclava en Jerusalén. Porque me hablaras, ¡oh Noal!, me sacaría los ojos...

Y levantándose repentinamente, dejó la terraza, á tiempo que la luna, por entre el claro de los cinnamomos en flor, derramaba su luz sobre el gallardo cuerpo de la joven.

## II

Era la fiesta de los Azimos, y el pueblo preparaba sus panes sin levadura para dar cumplimiento al rito judaico.

Los caminos de Jerusalén llenábanse de devotos, y toda Galilea se alborozaba grandemente. De los pueblecillos del Sur venían, por fatigosas jornadas, pastores y vaqueros á vender sus reses en la fiesta. Las mocitas de Samaria y de la Idumea traían chales y vestidos, hechos en sus telares pobres. Y de los pueblos de la costa, desde Sidón á Tanis, un rosario de mujeres y de chiquillos llevaba á la gran ciudad pescados de salazón exquisita en grandes banastas de junco.

Aquellas legiones de traficantes y de devotos tardaban hasta cinco días en llegar á Jerusalén. — Llevaban sus bestias cargadas de comestibles y de odres con vino, y sobre el hato iban los enfermos y las recién paridas. Acampaban de día entre los palmares y por la noche encendían fogatas en los llanos.

Al volver un recodo divisaban otro grupo de peregrinos, y de una y otra parte salían gritos de entusiasmo: ¡Hosanna! ¡Hosanna!

Por entonces dijo el maestro á sus discípulos que se llegasen hasta Bethania, y luego que entraran en el lugar, trajesen una pollina que verían atada á una reja. Y cuando ya venían, trayéndola del ronzal, una turba de la plebe nazarena rodeó al maestro entre aclamaciones y vítores: ¡Hijo de David, salve!

Entonces Salomé la gallarda abrióse trecho por entre los grupos, y como la cortesana de Magdala, se arrojó á los pies de Jesús.

Fatigosa y rendida, había hecho á pie el camino desde Cafarnaüm buscando al divino profeta. Traía la túnica empapada en sudor, y la cabellera, tendida sobre las espaldas, casi le llegaba hasta los pies.

El maestro miró á la gallarda judía y con su voz de piedad le dijo:

— Mujer, ¿qué es lo que quieres? Levántate y llora por tus culpas.

Salomé, entre sollozos, contó al Señor el poema de sus amores y acabó pidiéndole un milagro.

— ¡Señor, Señor, resucítame á Noal!

Jesús le dijo:

— Ve, vende cuanto tienes y dalo á los pobres. Y tendrás un tesoro en el cielo.

\*\*\*

Sola y pensativa, la enamorada Salomé caminaba á Cafarnaüm á cumplir el mandato del Señor. Iba anocheciendo y aún no había llegado á tie-

rras de Samaria, por lo que su ánimo endeble y su cuerpo delicado y garboso comenzaban á decaer en tan penosa jornada. Durante el día comió frutas y un panal de miel que le dieron unas mujeres cananeas; mas la fatiga y el cansancio comenzaron á traerle debilidad, y en aquellas solitarias llanuras no se divisaban ni casas ni hombres.

La alegre cortesana, hecha al regalo de una hermosura triunfante, padeció hambre y sed durante el camino. — Recordó entonces el bienestar de su palacio, el fastidio de sus harturas diarias, el enorme aburrimiento que le causara aquella mesa de mármol corinto, donde los peces de Tiberiades coleaban en salsas frías y los pavos reales eran servidos con el plumaje intacto y vistoso.

Pero hubo de pensar que era Jesús quien le enviaba aquella tentación dolorosa, y que por el ansiado milagro de la resurrección de su Noal ella estaba en la obligación de penitenciar sus gustos y domar sus deseos. Y ya, ante la evocación del hombre adorado, huyeron las tentaciones de su hambre y de su sed.

Hizo alto en un molino ruinoso, sentándose en el brocal de una cisterna, al rayo de la luna. Y allí, como una diosa sin culto, como una reina sin corona y errante, la gallarda Salomé se puso á orar en el suelo.

De pronto oyó como si le dijeran:  
— Ve, vende cuanto tienes y dalo á los pobres.  
Volvió la cabeza y no vió á nadie; pero su corazón brincaba de alegría.

De nuevo emprendió su camino llena de esperanza y cantando las oraciones de Esther. Su voz se perdía entre los barrancos, y era su respiración fatigosa y caliente.

Al clarear el día, cuando las tórtolas volaban de cedro á cedro y los hombres de labor uncían sus bueyes, Salomé vió á sus esclavas lavando en el arroyo. Y un suspiro de felicidad hinchó sus pulmones cuando respiró el aire sano que venía de los jardines en flor...

## III

Salomé, la opulenta, no tiene ya ni almohada donde reclinarse. Obediente al Señor, vendió su palacio, sus joyas y sus vestidos, dió el dinero á los pobres y no guardó en su bolsa ni un denario.

Nuevamente la enamorada judía siguió las pisadas del maestro. Y una tarde, cuando se ponía el sol, aguardó el paso de Jesús sentada al borde de una viña y comiendo un mendrugo de pan.

Y se le apareció el Señor, en su figura de hijo del hombre, diciéndole:

— Mujer, tu fe te ha salvado, porque tomaste tu cruz y me seguiste. Ve, hija del hombre, que tu amante ha resucitado ya.

Y diciendo esto la bendijo y desapareció, dejando en su lugar á un mancebo fuerte, lleno de juventud y de amor, el cual, abrazando á Salomé, le dijo:

— Dios me llevó y Dios me trae. Dios te privó de tus riquezas y Dios te las devuelve. Ven, Salomé, mi reina, que nos aguarda tu palacio de Cafarnaüm...

En el cielo de la Judea asomó la estrella de la tarde. Y sobre las cabezas de los enamorados cruzó, con piar bullicioso, una banda de golondrinas...

CRISTÓBAL DE CASTRO.

(Dibujo de Triadó.)





MATER DOLOROSA, CUADRO DE ADOLFO ECHTLER



NUESTROS GRABADOS

**El drama del Calvario. Las Santas Mujeres camino del Calvario, cuadros de Domingo Morelli.**—Estos dos lienzos del célebre pintor italiano son una nueva demostración de lo que se decía en el artículo que acerca de este artista publicamos en el número 1.030 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. En ellos, efectivamente, los personajes aparecen en cierto modo pospuestos á la escena; el conjunto de ésta resulta acabado, la impresión que produce es completa; al paso que en aquéllos se observan una vaguedad y una indeterminación que, si en otros géneros pueden redundar en perjuicio del efecto de la obra mirada en sus detalles, se ajustan perfectamente á los asuntos que, como los de estos cuadros, han de

prescindido por completo de esos efectismos en que tan á menudo suelen caer los que tratan escenas de esta índole, y su obra se caracteriza por su sobriedad y por la solidez de su factura.

**Mater Dolorosa, cuadro de Adolfo Echtler.**—El autor de este cuadro nació en Danzig en 1843 é hizo sus primeros estudios artísticos en Viena y en Venecia. Establecióse luego en Munich, y después de una larga permanencia en París fijó definitivamente su residencia en la capital de Baviera. Las costumbres populares observadas en Venecia y en Bretaña le han proporcionado los asuntos más interesantes para los cuadros de género, que han sido la base principal de su fama y que, serios unos y alegres otros, pintan todos de un modo en extremo pintoresco episodios de la vida íntima. Tales son, por

En realidad se trata de una composición notable bajo todos conceptos, en la que se admiran el talento del artista en presentar la escena que le ha servido de asunto, la habilidad en la agrupación de los personajes, la expresión que ha sabido dar á cada uno de éstos y la perfección con que está hecho el grabado.

**Teatros. — Barcelona.** — Se han estrenado con buen éxito: en el Eldorado *Los Timplaos*, zarzuela en un acto y cuatro cuadros de D. Eusebio Blasco y D. Carlos Fernández Shaw, música del maestro Jiménez; y en el Principal *Condición humana*, comedia en un acto del Sr. López Marín. En el Liceo se han dado los tres últimos conciertos de la temporada de Cuaresma, bajo la dirección del eminente maestro alemán Panzner, quien ha conseguido grandes y merecidas ovaciones.



LAS SANTAS MUJERES EN EL CAMINO DEL CALVARIO, cuadro de Domingo Morelli

hablar más al corazón que á los sentidos. Los momentos culminantes de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor no pueden ser tratados minuciosamente; su grandiosidad requiere procedimientos también grandiosos, siendo preciso que el que contemple las composiciones que en ellos se inspiran no pueda distraerse del pensamiento capital, que se conmueva más que por lo que vea por lo que sienta, por lo que la tela que tiene ante sus ojos le recuerde, más que por lo que le enseñe. Y en este concepto Morelli ha llegado á una altura que es difícil sobrepasar, esto aun prescindiendo de las cualidades técnicas que en ambas obras se observan y que justifican la fama universal de su autor.

**Santa Teresa ante el Cristo de la Columna, escultura de Gregorio Hernández.**—Este notable escultor y arquitecto español nació en Galicia en 1566 y aprendió escultura en Valladolid con alguno de los muchos y buenos profesores que allí había, aventajándose en la dulzura de la musculación, en la quietud y decoro de las actitudes, en la amabilidad de los semblantes, en los partidos y pliegues de los paños y en otras partes del arte, sin dejar de haber dado grandiosidad á la forma. Su fama fué grande y merecida, y los principales templos y monasterios le encargaron importantes obras que aún hoy se cuentan en el número de las joyas de nuestra escultura religiosa. Entre estas obras citaremos, aparte de la que en el presente número reproducimos, el retablo mayor de la parroquia de San Miguel de Vitoria, el de la catedral de Plasencia, toda la escultura del retablo mayor del monasterio de las Huelgas de Burgos, multitud de estatuas de algunos pasos de Semana Santa y grupos escultóricos para diversos templos de Valladolid, varias estatuas para el monasterio de Sahagún y para una porción de parroquias y conventos de Ríoseco, Medina del Campo, Nava del Rey, Aniago, Tudela de Duero, Salamanca, Avila, Zamora, etc. Gregorio Hernández murió en Valladolid en 1636.

**Dejad venir á mí los niños, escultura de Gustavo Eberlein.**—La hermosa figura del Salvador presentada tal como nos la describe el pasaje bíblico, rodeada de niños que se acercan confiados á Jesús y á quienes éste dirige los más dulces y cariñosos conceptos, constituye un asunto tan simpático y encantador, que no es extraño que los artistas enamorados del género idealista lo adopten como tema para alguna de sus composiciones. Gustavo Eberlein, el famoso escultor alemán de quien tantas veces nos hemos ocupado, se ha inspirado en él para la bellísima obra que en la página 205 reproducimos, y bien puede afirmarse que lo ha sentido muy hondamente, pues sólo así puede modelarse un grupo escultórico como el que nos ofrece, en el que tan admirablemente expresados se hallan el amor y la bondad del Redentor y el respetuoso cariño de las dos criaturas que acuden á su llamamiento. Eberlein ha

ejemplo, sus lienzos titulados *El jugador*, *La ruina de una familia*, *Miércoles de Ceniza*, *La visita de pésame* y otros que sería prolijo enumerar. Mas no es este el único género que Echtler cultiva; también en el religioso ha producido algunas hermosas composiciones que acreditan la variedad de sus talentos y de sus aptitudes. Dígalo, si no, la *Mater Dolorosa* que en el presente número reproducimos: expresar el dolor de la Divina Madre al presenciar la pasión y muerte de su Hijo, constituye indudablemente una de las mayores dificultades que pueden ofrecerse en pintura; pues los medios de expresión de que el artista dispone han de resultar siempre deficientes para traducir un sentimiento tan sobrehumano. En estas condiciones, para que el artista logre despertar en nosotros una emoción que se acerque á la realidad, es preciso que tanto como su mano intervenga en la obra su corazón, que sienta hondamente el tema y que al desarrollarlo prescinda de cuanto le rodea y se eleve á más altas regiones en donde su inspiración pueda beber en la fuente ideal; y esto es lo que admiramos en la obra de Echtler, que tan profunda impresión ha de producir en cuantos la contemplan.

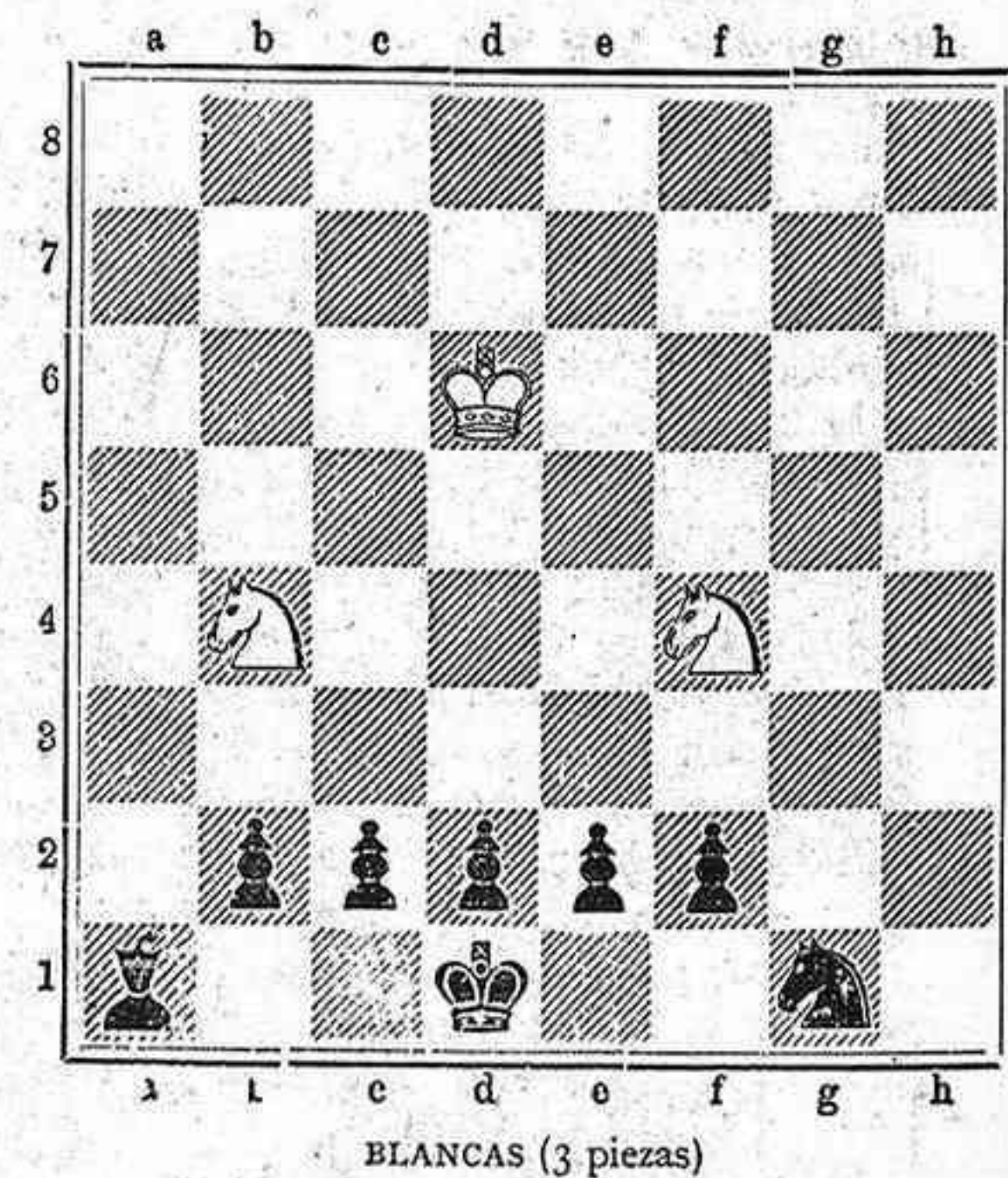
**El sepelio de Cristo, cuadro de Francisco Kirchbach.**—Como todos los asuntos inspirados en el drama del Calvario, el sepelio de Cristo ha sido tratado por multitud de artistas de todos los tiempos, en cuyas creaciones se advierte claramente la influencia de las ideas y tendencia de la época en que fueron pintadas. Unos han dado preferencia á lo que pudiéramos llamar elemento espiritual, y sin descuidar la forma, más que de otra cosa se han preocupado del sentimiento; otros, sin prescindir en absoluto de éste, han humanizado más los temas, buscando el efecto en la mayor aproximación posible de la realidad. No es éste lugar á propósito para discutir cuál de estos dos procedimientos responde mejor á los fines del arte religioso; lo único que conviene hacer constar es que en uno y otro se han producido obras bellísimas, y que por cualquiera de ellos puede hacerse sentir la emoción estética, que es el objeto primordial que debe proponerse el artista. El lienzo de Kirchbach, que puede clasificarse de realista dentro de su género, es una prueba de lo que decimos: tal vez algunos echen de menos en él cierto espiritualismo; pero no puede negarse que es una página hermosamente concebida y ejecutada con un vigor y con un dominio de los recursos técnicos, propios de los grandes maestros. Por esto, aun sin aquel elemento, despierta en nosotros verdadera admiración ese bellísimo grupo, cuyas figuras, magistralmente ejecutadas, se destacan maravillosamente sobre las rocas que les sirven de fondo.

**Pietà, grabado original de Oscar, conde de Freiburg.**—En la sección de grabados de la exposición celebrada el año último por los secesionistas münichenses, llamó poderosamente la atención esta obra del conde de Freiburg.

**Necrología.**—Han fallecido: Pedro Geiregat, escritor belga, autor de numerosas novelas populares y obras dramáticas, presidente de la Asociación de Autores dramáticos flamencos. Edmundo Krenn, pintor austriaco, muy conocido por sus paisajes y cuadros arquitectónicos. Carlos Morel, redactor del *Journal de Geneve*, uno de los más distinguidos publicistas suizos, ex profesor de Literatura romana de la Universidad de Ginebra.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 274, POR W. A. SHINKMAN.  
NEGRAS (8 piezas)

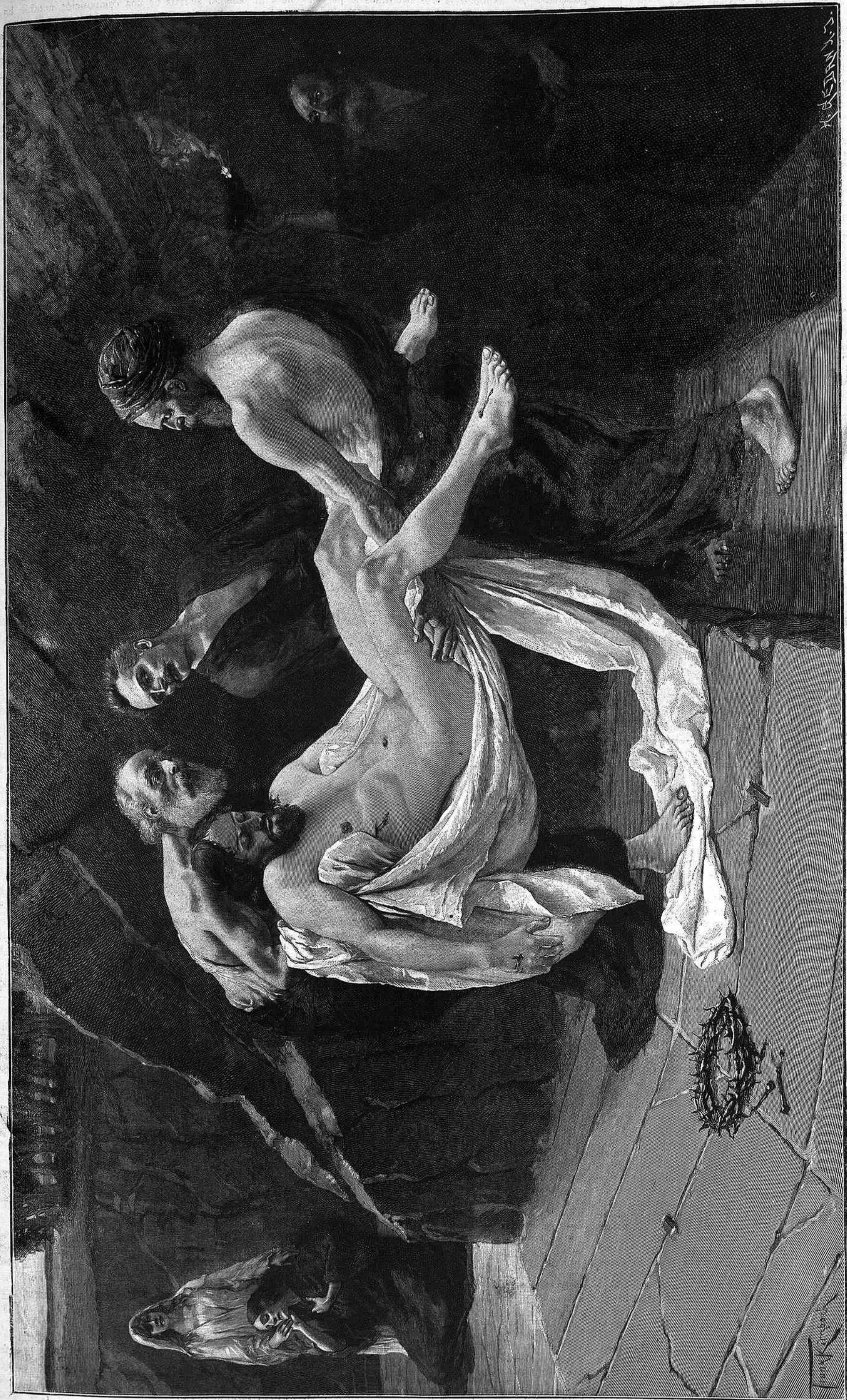


Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 273, POR W. A. SHINKMAN.

- |              |                |
|--------------|----------------|
| Blancas.     | Negras.        |
| 1. Th5-h4    | 1. Cualquiera. |
| 2. A6C mate. |                |





EL SEPELIO DE CRISTO, cuadro de Francisco Kirchbach



## EL PASADO DE UNA MADRE

NOVELA ORIGINAL DE HENRY GREVILLE. - ILUSTRACIONES DE CABRINETY

(CONCLUSIÓN)

El verano transcurrió tristemente. La baronesa de Grandpré había soportado el último golpe que la hiriera con su resignación habitual; pero el resorte de orgullo que la había sostenido durante tanto

un tiempo amargas y dulces y que por primera vez corrían en presencia de su marido.

- ¿No me contesta usted?, continuó, extrañando aquel silencio ¿La he ofendido acaso?

suerte; pero es horrendo tener que asistir, hora por hora, al espectáculo de las ruinas que la propia falta ha causado.

- No se acuerde usted más de ello, Marta. Los



La baronesa abrió los brazos y le estrechó en ellos sin proferir una palabra

tiempo, quedaba definitivamente roto. Su marido advirtió aquel cambio, aun cuando ella nada le había dicho; pero ya no rechazaba como antes las demostraciones de simpatía que le hacía el barón. Este convalecía rápidamente: la estancia prolongada en su dominio señorial y la temperatura magnífica que allí se disfrutaba habían robustecido algo aquel cuerpo cansado. Se decía, por otra parte, y con razón, que si Herminia era verdaderamente digna de la ternura de su hijo, sabría conservar su amor hasta la muerte de su abuelo, y este pensamiento le consolaba. El Sr. de Cerences tenía más de ochenta años, y no era, pues, aventurado prever un dichoso desenlace en un porvenir no lejano.

A pesar de la semiintimidad que se estableció entre su esposa y él, el Sr. de Grandpré no le había hablado nunca del matrimonio de Pablo, porque aquella intimidad era puramente superficial y se limitaba a las relaciones de la vida ordinaria. Una tarde lluviosa del mes de octubre, influido por ese no sé qué que invade la atmósfera de una habitación en que dos personas están solas, el barón comprendió que había llegado la hora de hablar libremente; el corazón de su mujer estaba bien dispuesto para oírle. En la penumbra gris del crepúsculo, la llamó por su nombre. En vez de volver simplemente la cabeza, como solía hacer, se levantó y fué á sentarse cerca de su marido.

- Marta, dijo, ya sabe usted que estoy mucho mejor.

Ella bajó la cabeza y murmuró:

- ¡Loado sea Dios!

Su pobre corazón había sufrido tanto y se sentía tan desgarrado por las mil heridas recibidas, que tenía necesidad de ternura. Estaba en una de aquellas horas en que la menor palabra de bondad calma el ansia más grande de amor.

- Marta, añadió el Sr. de Grandpré; me ha cuidado usted con una abnegación sin límites, como pocas mujeres lo hubiesen hecho. Es preciso que dé á usted las gracias por ello; ¡sí, querida Marta, gracias, mil gracias!

Los ojos de su esposa se llenaron de lágrimas, á

- ¡Dígame usted que me perdona!, exclamó de repente, inclinándose hacia la mano que se tendía hacia ella.

Aquellas palabras las dijo estremeciéndose. El la obligó á sentarse en el sofá, y allí le prodigó toda suerte de consuelos.

- ¿Perdonar á usted? Bien sabe que desde hace mucho, mucho tiempo, siento por usted únicamente cariño.

La baronesa lloraba sin sollozos, sin sacudidas; pero las lágrimas fluían de sus ojos como de un manantial inagotable.

- No le he guardado á usted nunca rencor, desde el día en que nuestro hijo... Ya sabe usted á lo que me refero. Desde entonces he conocido que estaba usted castigada. La muerte que luego cayó sobre usted ha purificado toda culpa. Y crea usted que como expiación, Marta, ya basta.

Ella se levantó.

- ¡No, nunca es bastante!, dijo con vehemencia. ¡Vea usted lo que he hecho! La salud de usted arruinada; mi hija mal casada, mi hijo privado de dicha. ¡Ah! ¡Si se pensara en el mañana, si se mirara otra cosa que el propio egoísmo, si aparecieran de repente todas las lágrimas que una de esas faltas puede hacer derramar, las desesperaciones que engendra, los delitos que puede hacer concebir! ¡Se es egoísta de un modo feroz! Y una se mancha, y se deshonra á aquellos á quienes se quiere, se les deshonra en el presente y en el porvenir.

- No, Marta, dijo dulcemente el Sr. de Grandpré; no se les deshonra. Yo no me he sentido jamás alcanzado por la injuria.

Ella le miró con los brazos pendientes y el rostro transfigurado.

- ¡Gracias por esta palabra!, dijo. Acaba usted de darme ahora mi verdadero perdón.

- Cualesquiera que sean los pensamientos, crea usted que jamás me sentí deshonrado. Yo no había faltado, y esto me bastaba ante mi conciencia.

Ella suspiró.

- ¡Ah! Yo sí, yo he faltado y ahora padezco el castigo. Le padezco y le sufro. Resignada estoy con mi

dos somos ya viejos. Acabemos de envejecer juntos, como amigos, como verdaderos amigos experimentados y que saben lo que vale el uno á los ojos del otro. Pablo llegará uno de estos días; hálleos de esta suerte, y esto será un ejemplo para él.

- No me perdonará jamás, dijo la baronesa.

- Ya lo verá usted. Si tuviese el corazón duro, no sería hijo de usted.

La baronesa no contestó. Se acordaba en silencio de cuán duro había sido su corazón y de las rudas pruebas que habían sido precisas para ablandarlo.

## XXI

Pablo había almorzado en casa de su hermana; pues por muy poca simpatía que le inspirara su cuñado, no podía, de cuando en cuando, excusarse de aceptar una invitación. Gilberta le guardaba rencor por el modo como había hablado; pero Egrigné no quería faltar de ninguna manera á sus deberes de pariente. Así como estaba resuelto á prescindir en absoluto de la señora de Grandpré, así también deseaba mantener cordiales relaciones con el barón y su hijo, porque las relaciones que aquél sostenía y el brillante porvenir de éste, le hacían pensar en que algún día sería posible recabar de ellos valiosos servicios.

Egrigné fué llamado á su gabinete, y los dos hermanos quedaron solos, cosa que no gustaba ni á uno ni á otro.

- ¿Está bueno papá?, preguntó Gilberta.

- Va tirando; desde que hemos vuelto de la Verrierie parece un poco más fatigado, pero en el fondo su salud es buena. No hubiera creído jamás, añadió, que pudiera convalecer tan pronto de la crisis que padeció.

Gilberta no contestó siquiera. La verdad es que desde que entró en su nueva familia, de la que no hacía ningún caso, había olvidado casi por entero la antigua. Las indirectas de la señora de Egrigné habían surtido efecto: la joven se había desprendido de los suyos y no se había ligado á los otros. Su orgullo herido le hacía casi renegar de su madre, y le



parecía que su padre había cedido á la debilidad llamando nuevamente á su casa á la señora de Grandpré. Gilberta estaría sola toda su vida porque no amaba á su esposo, pero esta soledad no la espantaba; ya procuraría llenarla con placeres y triunfos personales.

—¿Recibís muchas visitas?, preguntó de pronto.  
—No; desde que te has casado ya no hay necesidad de dar reuniones, y por lo mismo no vemos á la mitad de la gente que antes.

—Me han dicho, continuó Gilberta, que el día que tiene señalado mi madre para las visitas apenas recibe ninguna, y si no fuera por mí, que no dejo de asistir un solo día, muchas veces se pasarían veinticuatro horas sin que resonara el timbre de la puerta.

La aserción no era exacta, y precisamente esto es lo que irritaba á Pablo, no tanto por lo que tocaba á su madre, como por el buen nombre de la casa.

—Es que escoges quizá para presentarte el momento en que los otros no están, pues sé que mi madre ha sido muy bien acogida al volver del campo.

—No sé, dijo Gilberta. Por mí puedo decirte que estuve el otro día y no me encontré allí sino con el indispensable Marsac.

Gilberta pronunció este nombre con una intención que Pablo comprendió. Aunque Marsac no se hubiera manifestado para él el mismo amigo seguro que había sido para su padre, el sentimiento de rectitud del joven se habría rebelado contra una insinuación del género de la de su hermana. Había dicho á la señora de Grandpré que jamás la perdonaría, y sin embargo la tenía en alta estimación: la idea de que su hermana, educada por su madre; de que aquella ingrata Gilberta, por la cual había ella realizado el doloroso sacrificio de orgullo de la esposa decaída, pudiera dudar de los sentimientos de Marsac y de su situación en la casa parecióle francamente odiosa.

Aquella insinuación vil y vergonzosa le irritó, y dijo á su hermana:

—Marsac es un amigo seguro, de esos que se encuentran pocos; mi padre y yo sabemos cuánto vale su afección.

—Recíbidle, entonces, tanto como gustéis, respondió vivamente Gilberta; pero hacédele comprender que su asiduidad en visitar á mi madre es mirada con malos ojos.

—¿Por tu suegra quizá?, preguntó Pablo levantándose. Mi querida hermana, escucha un consejo que es una lección. Si la señora de Egrigné tiene el alma bastante baja para olvidar lo que debe á la familia de Grandpré, la que aquí representa á esa última familia debiera recordárselo. Por lo que á mí respecta, acuérdate, hermana mía, que ya me he batido por el honor de mi madre y que estoy dispuesto á volver á empezar.

—¿Conmigo?, dijo Gilberta con tono de burla.

—Con cualquier hombre, responsable ó no de tus acciones, que se permita una palabra ó una insinuación malévolas. Adiós, hermana mía.

—Hasta la vista, hermano mío, dijo tranquilamente Gilberta, á pesar del rubor que había subido á su rostro y del brillo que despedían sus ojos llenos de cólera.

Pablo salió.

Gilberta dió algunos pasos, presa de un violento acceso de mal humor; su lengua le había hecho traición; el afán de contradecir la había llevado más lejos de lo que quería, y se disgustó consigo misma por no haber sabido dominarse.

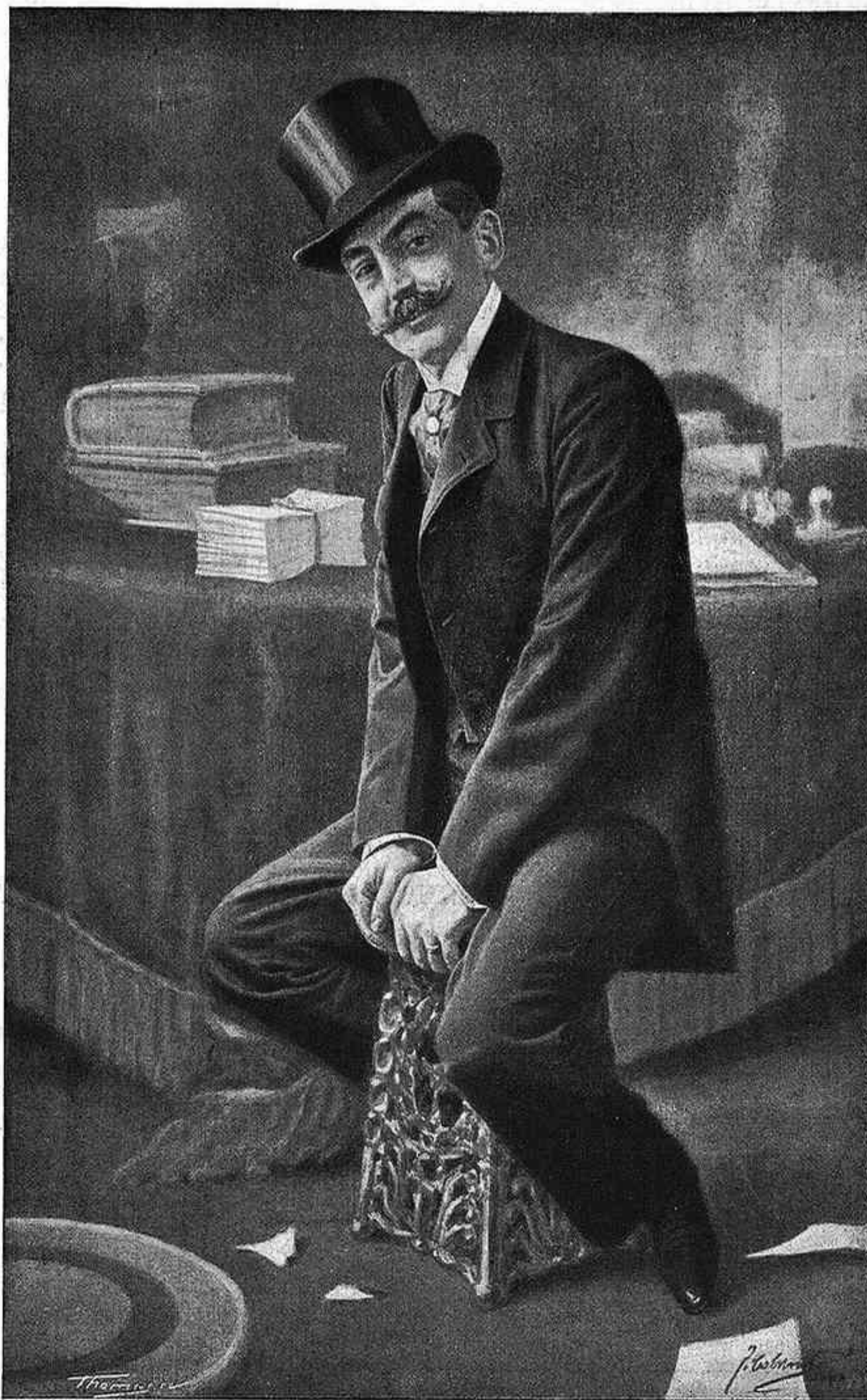
—Tanto peor, dijo al cabo, después de haber reflexionado un instante. Me parece que Pablo no va á repetir lo que yo le he dicho; y si acaso, nada me importa.

Olvidando el incidente, Gilberta volvió á sus placeres, no sin un secreto descontento de sí misma; pero este sentimiento debía borrarse muy pronto.

Aquella misma noche recibió Pablo una esquela de la señora de Cerences, á la cual escribía de cuando en cuando. Habitualmente no le contestaba, y quedó sorprendido al ver su letra. Desde hacía cuatro ó cinco meses no había visto á Herminia sino desde lejos, cuando ya no podía dominar su impaciencia; un saludo cambiado entonces bastaba para devolverle valor, pues la mirada que le acompañaba valía todo un mundo.

«He repetido á mi nieta todo lo que usted desea-

ba que supiera, escribía la abuela. Dice que siempre será usted el mismo á sus ojos. Quiere también que le diga á usted que no se desespere. El Sr. de Cerences la sorprendió ayer llorando y la acarició con mucha más ternura de la que acostumbra. No sabemos todavía si esa buena disposición continuará; pero mi nieta deseaba que usted fuese partícipe de ese rayo de esperanza.»



Silvino Marsac

Pablo estaba bastante acostumbrado al sufrimiento y había sabido vencer demasiado sus ilusiones para formárselas acerca de la importancia de aquel hecho. Pero la carta en sí valía más que todas las esperanzas y era una prueba patente de ternura.

Su alma angustiada se iluminó de repente. Después de tantos días amargos, una luz suave y dulce penetraba en él, cambiando el aspecto de todas las cosas. Se acordó entonces de su ingrata hermana, y casi al mismo tiempo de su madre calumniada; la piedad se abrió camino hasta su corazón y subió á sus labios un grito que jamás había exhalado: «¡Pobre madre mía!»

Desde que había hablado por última vez con la señora de Grandpré, había visto muchas cosas desconocidas para él. La manera distinta como su padre hablaba á la baronesa, el modo como ésta contestaba, le habían hecho comprender que no solamente la esposa rehabilitada ocupaba el puesto de honor que le correspondía en la familia, sino que también conservaba el papel moral de las esposas cariñosas y honradas.

La belleza del carácter de su padre había sido siempre para Pablo un motivo de gran admiración; pero aquella vez comprendió que para tratar como lo hacía á la baronesa, era preciso no solamente que le hubiese guardado por entero su cariño, sino que tuviera también estima hacia la mujer que había faltado.

Una vez entrado en aquella vía, el joven no podía cerrar mucho más tiempo los ojos á la verdad. Su crueldad se mostró por su verdadero aspecto. ¿Es que acaso los sufrimientos propios habían despertado la compasión para los ajenos? Su alma, suavizada, juzgó severamente su conducta anterior: cuando Herminia olvidaba, ¿tenía él derecho á condenar?

Movido por una singular emoción, miró el reloj. Eran las diez apenas; en aquellos momentos sus padres debían hallarse en el gabinete del Sr. de Grandpré, donde pasaban la velada cuando no había visi-

tas. Se levantó, sin saber todavía lo que iba á hacer, pero sus pies le llevaban hacia sus padres y obedeció su impulso.

Reclinado en un sillón, su padre escuchaba la lectura que le hacía en alta voz la baronesa. Por la mirada con que seguía los menores movimientos de la lectora, mirada en que había impresa una ternura y una compasión indecibles, se comprendía que el barón gozaba viendo y oyendo á aquella mujer.

El corazón de Pablo se estremeció. Nunca se había fijado cuán cambiada estaba desde su última entrevista. Era entonces una mujer en plena edad madura; sus cabellos grises adornaban su frente sin arrugas; viéndola se soñaba, no en la edad que tenía, sino en su belleza.

Ahora, en cambio, sus cabellos eran canos del todo; la orgullosa corona que formaban remataba sobre su rostro flaco y transfigurado; cuya expresión ya no parecía de esta tierra. Se le podían calcular setenta años ó cincuenta, á voluntad. Poco importaba; no tenía ya más que el alma, una alma desgarrada y con las alas rotas.

Al ligero ruido que hizo Pablo al entrar, volvió la cabeza. Viéndole, llevó la mirada de nuevo al libro, con la expresión humilde y resignada que tenía casi siempre en su presencia.

La había visto cien veces de aquella manera, y no le había causado efecto alguno; pero ahora quedó profundamente conmovido. El Sr. de Grandpré le miraba un poco sorprendido de aquella visita tardía á que no estaba acostumbrado; el joven se aproximó y puso una mano sobre el respaldo del sillón paternal.

—Padre mío, dijo, he de pedir á usted un favor: ¿quiere usted decir á mi madre que me perdone?

La baronesa le miró sin comprenderle. No era posible que quisiese decir aquello. Sin duda se engañaba... Pablo se aproximó lentamente, y cogiéndole la mano que ella no se atrevía á alargarle, dijo:

—¡Mamá!

Ella abrió los brazos y le estrechó en ellos sin proferir una palabra. Por encima de la cabeza inclinada de su hijo, miró á su marido con ojos dilatados por una dicha sobrehumana, luego los cerró de nuevo saboreando en aquellos momentos una alegría demasiado profunda para ser expresada con palabras ó sentida con lágrimas.

XXII

Tres meses habían transcurrido sin que Pablo hubiese hallado ocasión de hablar á Herminia; la veía ahora casi todos los domingos en la iglesia. El señor de Cerences, muy debilitado, no salía de casa, y á veces el joven se atrevía á pedir noticias suyas á su abuela. No era aquello sino una palabra ó una mirada, pero cuando se padece se puede causar mucha alegría con poca cosa. Un día tuvo una idea triunfante: fué á la misa de una con la señora de Grandpré. Aquel día no pudo aproximarse á la señora de Cerences; pero las dos mujeres se habían comprendido con una mirada. Volviendo á su casa, la abuela dijo á Herminia:

—No sé quién podría tirar la primera piedra á esa mujer. Si ha faltado, también ha sufrido, pues nunca he visto en un rostro vivo la expresión que tiene el suyo.

Aquel encuentro que había llevado todas las alegrías del paraíso al corazón de la señora de Grandpré, dió á Herminia fuerza para intentar un nuevo paso cerca de su abuelo. Desde que luchaba por su amor, había adquirido una fuerza que no había sospechado jamás; y tales palabras salían de su boca, que llenaban de admiración al abuelo.

—¿De dónde diantres saca esa chiquilla esos argumentos?, decía á veces.

—Se ha convertido ya en mujer por el corazón, respondía la abuela. ¿Sabes, amigo mío, que se casará con el Sr. de Grandpré cuando nosotros hayamos muerto?

—A lo menos no lo verá yo, gruñó el anciano.

Un día quedó todavía más sorprendido viendo que su nieta se sentaba junto á él en su gabinete muy grande y sombrío, que tenía todas las trazas de un pozo.

—Abuelito, dijo, poniendo la mano sobre sus de-



dos huesosos, es preciso que responda usted á una pregunta que le voy á hacer.

— Habla, dijo.

— ¡Por qué, abuelito, usted que me quiere tanto, impide que yo le lllore cuando un día Dios le llame á sí?

— ¡Cómo!, ¡cómo!, dijo el abuelo de mal humor.

— Abuelo, yo tendré indudablemente una gran alegría en casarme con el Sr. de Grandpré, y le aseguro que la aguará usted si debo pensar en que tal dicha puede ser comprada á costa de su pérdida. En tanto que si consiente usted en bendecirnos, yo seré dichosa del todo ahora, y para lo porvenir seremos dos para llorar á usted en vez de uno solo.

El Sr. de Cerences había quedado mudo de indignación.

— ¡Ah, diablillo!, exclamó luego, ¿quieres, pues, hacerme entender que te alegrarás de mi muerte, que te permitirá casarte con ese joven?

— ¡Oh, abuelito, si así lo toma usted, le ruego que me dé un beso y que eche al olvido mis palabras!

Herminia le abandonó sin insistir, pero aquel argumento había hecho su efecto, y aun cuando no es de los más fuertes, produce, sin embargo, siempre el fin deseado.

— Yo no sé, decía un día á su mujer el anciano, de dónde saca el aplomo para hablarme así.

— ¡Qué quieres!, respondió la buena señora, las más inocentes tienen esas audacias.

Después de haber reflexionado durante ocho días, se decidió al cabo. El tiempo era hermoso, y dió orden de enganchar, y sin prevenir á nadie, fué á casa del Sr. de Grandpré.

La entrevista fué corta y satisfactoria. Al día siguiente, los dos jóvenes, aún deslumbrados por la imprevista felicidad comieron á la misma mesa en casa del Sr. de Cerences. El gabinete, suntuosamente alumbrado, no tenía ya trazas de pozo, y las dos mujeres, sentadas una al lado de otra, la que no había faltado jamás y la arrepentida, mostraban la misma expresión en su semblante al contemplar la dicha de sus hijos.

Durante algunos meses, la baronesa se creyó dichosa del todo; los nuevos esposos la rodeaban de cuidados y atenciones y procuraban atenuar las faltas de Gilberta, que se había lanzado á una vida de disipación, sin duda por haber hecho la atrocidad de casarse tan inconsideradamente. Pero aquella frágil dicha que reposaba sobre unas bases falsas, debía acabar muy pronto.

Hacia los primeros de junio, el Sr. de Grandpré, que se había expuesto imprudentemente al fresco de una noche tempestuosa, cogió una pulmonía, y después de tres días de lucha con la muerte, ésta se apoderó de aquel organismo cansado.

Con un valor y una energía superiores á todo lo que ya se le conocía, la señora de Grandpré luchó para arrancar á su marido de las garras de la muerte y no le abandonó ni por un instante; pero todo era inútil: murió estrechándole la mano, con una sonrisa que conservaba todavía después que la muerte le hubo tocado con su dedo.

Cuando hubo cumplido hasta el fin su tarea, la señora de Grandpré se negó á vivir con su hijo, que así se lo suplicaba. Sabía perfectamente que aquellas proposiciones que parecen naturales en los mo-

mentos de dolor, luego tan sólo son causa de disgustos. Por otra parte, su larga costumbre de dormir en silencio le hacía esquivar, y sólo deseaba, como los animales heridos, un rincón donde morir.

Vivió todavía dos años; olvidada de sus contemporáneos y de su hija, querida únicamente por Pablo y Herminia, que parecía que querían hacerle olvidar lo que había padecido por causa de su hijo.

Marsac la visitaba cada día, y desde que la vió sola le traía ramos de flores.

— ¡El enamorado de mamá!, decía Herminia con tan inocente tono, que ni el mismo Pablo podía enfadarse.

Cuando hubo muerto, Marsac siguió el carro fúnebre hasta la última morada; vió bajar el féretro en la huesa, y volvió á su casa en un estado de ánimo muy doloroso.

En lugar de trabajar, abrió un cajón del escritorio y sacó de allí las cartas de la baronesa, que releyó una por una y luego volvió á arreglar y á atar con una cinta descolorida.

— ¡El enamorado de mamá!, dijo con un débil suspiro. La señora Herminia de Grandpré quizá tenga razón... Esta mujer, que he conocido cuando era muerta para el mundo, quizá es la única que he amado de veras.

Abrió la ventana; las golondrinas volaban alrededor de la casa lanzando gritos de alegría.

— ¡Bien ha hecho en morir!, pensó; para una alma como la suya, este era el único medio de romper la cadena de lo pasado.

FIN

### EL NOTABLE PINTOR FRANCISCO MASRIERA Y MANOVENS

En el corto período de un año han desaparecido del cuadro de la humana actividad un crecido número de artistas meritísimos, cuyo nombre, digno de respeto, representa una misión noblemente cumplida y una pérdida indiscutible por su significación en el movimiento artístico patrio y en nuestras caras afecciones. A la ya extensa lista de los que dejaron de existir y dar, por lo tanto, fehaciente muestra de su actividad é inteligencia, hemos de agregar hoy el nombre de Francisco Masriera y Manovens, pintor distinguido, excelente amigo, cumplido caballero y expresión viva de un espíritu culto y delicado. Perteneciente á una familia de honrados é inteligentes joyeros, presto brotaron, allá en sus juveniles años, los primeros rudimentos del arte, las primeras formas que habían de producir después la evolución artístico-industrial, entre las áureas limaduras y el brillo de las piedras preciosas. Dotado de inteligencia para utilizar acertadamente los elementos de que podía disponer, dedicóse, en unión de su hermano D. José, á obtener de los metales efectos admirables, arrancando á la naturaleza sus matices, á las aves sus colores y á las flores su delicadeza, combinándolo de tal suerte que se convertían en ricas preseas, y afectando diversas formas, ceñían la frente de la desposada, coronaban al genio y en emblemáticos laureles servían de premio al valor y de galardón á las manifestaciones de la inteligencia.

Alentado por los resultados obtenidos y colocado en situación especialísima para realizar aspiraciones noblemente alimentadas y concebidas, abandonó su labor de artífice para dedicarse por completo al cultivo del arte, alcanzando una reputación merecidísima. Su obra, su personalidad artística, podrá ser discutida, pero los más severos Aristarcos deberán reconocer en Francisco Masriera cualidades muy estimables y una suma de inteligencia y habilidad que sólo puede ser patrimonio de la maestría. Además, no puede desconocerse ni olvidarse la misión cumplida por el artista y la época ó período en que comenzó á manifestarse; período de trascendental evolución, á cuya influencia no pudo substraerse y dentro del cual desempeñó un cometido honroso, conquistó una reputación envidiable y tuvo energías y perseverancia para sostenerse sin

descender de la altura en que sus cualidades de pintor distinguido y hombre culto le colocaron.

Al examinar su copiosa producción, supónese que se hallaban en él armónicamente reunidas las dotes

ella se cifrase el *summum* del arte. Pero aun así y dando como cierta esta propensión, este empeño del pintor, resultaría siempre que descolló en sus obras por su maestría, prefiriéndolo tal y como fué, más artista que asimilador, no convertido en servil copista, sino devoto adorador de la belleza, dejando en el lienzo indelebles huellas de su inteligencia. Sus composiciones revelan su carácter y tendencias, pues aun en las más brillantes, en las que más se distinguen por su plasticidad, obsérvase la delicadeza, la finura de su espíritu, dejando que el escorzo ó los velos cubran lo que aun no viéndose, se adivina, presintiéndose bello y lleno de encantos.

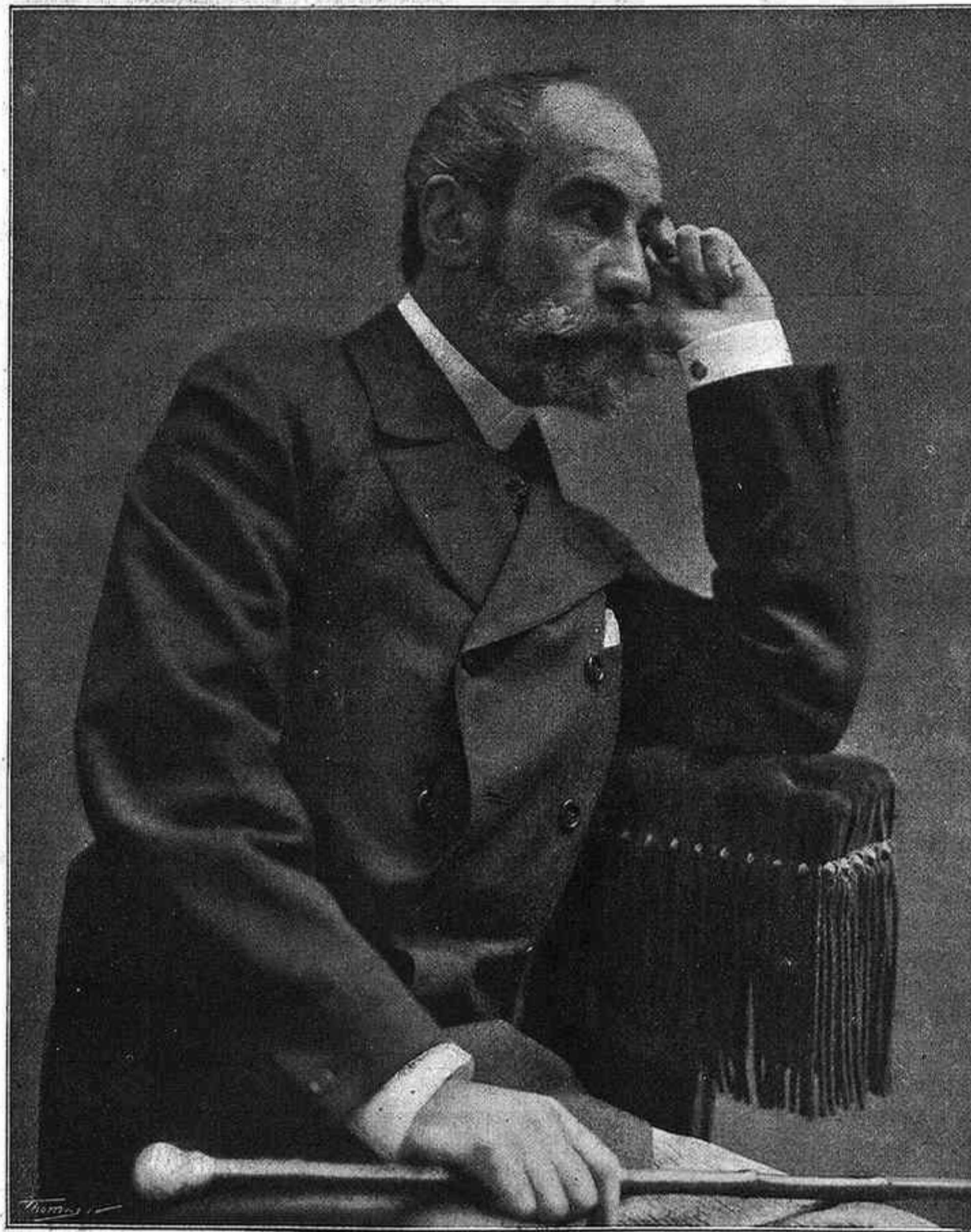
Su perseverancia en el estudio, sus cualidades como artista y su envidiable cultura facilitáronle medios para manifestar sus dotes y producir obras de reconocido mérito. A ellas debè su bien cimentada reputación y que su nombre figure entre el de los artistas que honran al país en que nacieron.

Vivo está el recuerdo de sus triunfos, del efecto producido por algunas de sus más notables producciones, desde la que representando una *esclava*, premiada en la Exposición Nacional de 1878 y adquirida por el rey don Alfonso XII, hasta la preciosa y sentida composición, que tantos aplausos mereció en el Certamen de 1890, titulada *Resignación*, admirablemente concebida y ejecutada. *Magdalena arrepentida*, *Odalisca*, *Una actriz*, *Fuga frustrada*, *Una bailarina* y otras y otras más cuya enunciación formaría un extenso catálogo, así como un considerable número de retratos, constituyen la labor gallardamente realizada por el que fué artista distinguido y pintor habilísimo, que retrata su personalidad y atestigua su indiscutible dominio de la técnica y su posesión,

por lo tanto, de conocimientos especialísimos para representar el concepto que se fijaba en su imaginación.

Admiradores de su mérito, rendimos al artista el tributo de respetuosa consideración á que tiene derecho quien como él llenó cumplidamente su misión, y dedicamos al que fué amigo sincero y cariñoso el recuerdo de un afecto que no ha sufrido otra interrupción que la que todos lamentamos.

A. GARCÍA LLANSÓ.



FRANCISCO MASRIERA Y MANOVENS, fallecido en Barcelona en 15 de los corrientes

del artista y la habilidad del artífice. Sus cuadros, estudiados con admirable prolijidad, cautivan no sólo por la riqueza de sus pormenores y la belleza y elegancia de las líneas, sino por su encantadora plasticidad, por la finura y morbidez de las carnes, que nadie como él supo interpretar. Todas sus encantadoras figuras, como el todo que las atavía, enriquece y completa, revelan un singular conocimiento de la técnica del arte, exquisito gusto y sentimiento de lo bello. Si de algo pudiera motejarse, sería quizás por haber extremado algo la belleza, cual si en



EL GENERAL DELAREY

Es el héroe del día en Africa y en Europa. La prensa de todos los países en que la causa de los boers tiene simpatías le dedica extensos artículos, contando sus hazañas, sacando á relucir sus virtudes, haciendo su retrato de cuerpo entero. La personalidad de Delarey alcanza la mayor publicidad; él, que es el más modesto y obscuro de los boers, y á quien sus compañeros llaman por esto Delarey «el taciturno,» como le llaman también «el bueno.»

La derrota de lord Methuen no es la única gran hazaña que Delarey realiza. Otras muchas le han hecho ser considerado como el más heroico de los generales boers. Dewet es el más hábil, el de más talento para burlar á los ingleses; Delarey es el más bravo, el que mayores daños causa al enemigo.

Comenzó su carrera sorprendiendo un tren blindado en la línea de Mafeking, cogiendo prisionero al capitán Nisbet y 30 soldados, y haciendo no pocas bajas. En el sangriento combate de Modder-River tuvo un comportamiento heroico: á su lado cayó muerto de un balazo su hijo, un niño de quince años, que combatía como un hombre. Delarey le vió caer, se inclinó sobre su cuerpo, permaneció algunos minutos contemplándole en silencio y al levantarse mandó serenamente: «Que me traigan á mi hijo menor...» Y el hijo menor, de trece años, substituyó al hermano en las filas de combatientes.

En Magersfontein mandó la línea izquierda de los boers; su hábil táctica produjo terribles efectos en los ingleses. Con Dewet tomó parte en los combates de Colesberg á principios de 1900. En la batalla de Sand River mandó el ala derecha.

Más adelante, eligió por campo de sus operaciones el Oeste del Transvaal, que conoce á palmos, llegando á dominar en el occidente de Magaliesberg, burlando la constante persecución



EL GENERAL BOER DELAREY

de lord Methuen y descargando de cuando en cuando golpes terribles sobre el enemigo.

Nitral's Neck, Nooitgedacht, Vlakfontein, Moedwill, han sido sus hazañas más famosas, coronando últimamente sus éxitos con la destrucción de dos columnas inglesas en el transcurso de diez días: la del coronel Von Donop, cerca de Klerksdorp, y la de lord Methuen, en Taalbosch, campando hoy por sus respetos en el Oeste y Noroeste del Transvaal.

El golpe de Nitral's Neck costó á los ingleses 80 hombres, entre muertos y heridos, 200 prisioneros y dos cañones. La acción de Nooitgedacht tuvo por precedente la captura de un convoy de 120 vagones, cayendo prisioneros 150 hombres de la escolta; después Delarey, con Beyers, derrotó al general Clemens, á quien cogió casi todos sus efectos y 500 caballos.

En Vlakfontein derrotó por completo al general Dixon, causando extraordinarias pérdidas, entre ellas 50 muertos y 120 heridos. Los boers llegaban á combatir con los mismos cañones de los ingleses, abandonados por éstos. Los triunfos de Delarey se ven coronados ahora por la victoria sobre lord Methuen.

Del mismo modo que Delarey es el general boer más bravo y activo, es el más bueno y piadoso. Jamás ha asociado su nombre á ningún acto sanginario. Hace cuidar á los heridos enemigos como á los de su campo; á los prisioneros les da libertad, como á lord Methuen. Así entre los enemigos como entre los suyos, se le llama Delarey «el bueno.» Un día, en Nooitgedacht, visitó los prisioneros ingleses. Uno de ellos, que estaba herido, dijo, al verle pasar, á un compañero: «¿Es ese el buen Delarey?» El jefe boer lo oyó, habló al herido con palabras cariñosas, y al alejarse, con los ojos un tanto velados de lágrimas, exclamó: «Las palabras de ese hombre me han producido el placer más grande de mi vida; porque ser llamado grande por un enemigo es cosa frecuente; pero ser llamado bueno, es muy raro.»

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjase para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 96, Barcelona

**VINO AROUD**  
**CARNE-QUINA**  
 MEDICAMENTO - ALIMENTO  
 El más poderoso **REGENERADOR**  
*Prescrito por los Médicos*  
 Este vino de un gusto exquisito con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina es soberano en los casos de: Enfermedades del Estómago y de los intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza, etc.  
 102, Rue Richelieu, PARIS  
 Y EN TODAS FARMACIAS DEL EXTRANJERO

**PAPEL WLINSI** Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.*, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.  
*Exigir la Firma WLINSI.*  
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

**AGUA LÉCHELLE** Se receta contra los *Flujos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento, las Enfermedades del pecho y de los Intestinos, los Espantos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc.* Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.  
**HEMOSTÁTICA**  
 PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

**REMEDIO DE ABISINIA**  
**EXIBARD**  
 SOBERANO CONTRA  
**GATARRO - ASMA - OPRESIÓN**  
 30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.  
 Todas Farmacias.

**ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR**  
 CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL  
 prescrito por los Médicos en los casos de  
**ENFERMEDADES DE LA PIEL**  
*Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.*  
 102, Rue de Richelieu, Paris y en todas Farmacias del Extranjero.

Frasco 5 fr. en París  
**PUREZA DEL CUTIS**  
 — LAIT ANTÉPHELIQUE —  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
 ó Leche Candès  
 pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOGES EFLORESCENCIAS ROJECES.  
 Pone y conserva el cutis limpio y terso  
 CANDES et Co. B-St-Jean, 18

**GARGANTA**  
 VOZ y BOCA  
**PASTILLAS DE DETHAN**  
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz. — Precio: 12 REALES.  
*Exigir en el rotulo a firma*  
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**ZOMOL**  
**ZÔMOTERAPIA**  
**EL ZÔMOL** PLASMA MUSCULAR (Jugo de carne desecado)  
 PREPARADO EN FRIO, encierra los preciosos elementos reconstituyentes de la carne cruda.  
 Prescrito en la  
 TUBERCULOSIS, la NEURASTENIA, la CLOROSIS, la ANEMIA, la CONVALECENCIA, etc.  
 Tres cucharaditas de café de Zômol representan EL JUGO DE 200 GRAMOS DE CARNE CRUDA.  
 PARIS, 8, rue Vivienne y en todas las Farmacias.

**AVISO Á LAS SENORAS**  
**EL ANIOL** DE LOS DRES **JORET-HOMOLLE**  
 CURA LOS DOLORES, REÍARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS  
 F<sup>ca</sup> G. SÉGUIN — PARIS  
 165, Rue St-Honoré, 165  
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

**PÍLDORAS BLANCARD**  
 con Yoduro de Hierro inalterable  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.  
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
*Exigase el producto verdadero y las señas de*  
**BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.**  
**PÍLDORAS BLANCARD**  
 con Yoduro de Hierro inalterable  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.  
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
*Exigase el producto verdadero y las señas de*  
**BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.**  
**PÍLDORAS BLANCARD**  
 con Yoduro de Hierro inalterable  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.  
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
*Exigase el producto verdadero y las señas de*  
**BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.**



DESCUBRIMIENTO

ARQUEOLÓGICO EN POITIERS

En Poitiers se ha realizado recientemente un descubrimiento arqueológico de gran interés.

Unos obreros que cavaban la tierra del patio de una nueva escuela de primera enseñanza, situada en la calle del Molino de Viento, en las antiguas dependencias del palacio de Lusignan, con objeto de plantar en él algunos árboles, han descubierto una hermosa estatua de mármol blanco, casi de tamaño natural, que, al parecer, representa a Minerva.

De momento no se encontró la cabeza, pero por fortuna fué hallada después, algo más lejos, y junto con el cuerpo de la estatua ha sido depositada en el gran vestíbulo de las Casas Consistoriales.

El tipo de la escultura es un tanto arcaico, pero su ejecución es notable, su conjunto resulta elegante y los ropajes sobre todo están dispuestos con mucho arte y propiedad.

Nada más delicado que los pliegues de la túnica que caen desde la cintura y la ornamentación del collar, en cuyo centro se ve una cabeza de Gorgona rodeada de serpientes.

La facultad de Letras de aquella universidad hizo sa-



PIÉTRA, grabado original de Oscar, conde de Freiburg

car inmediatamente copias fotográficas de esa estatua, cuyo descubrimiento ha dado lugar á grandes discusiones entre los arqueólogos de Poitiers.

Según unos, la cabeza debió ser ejecutada por otras manos que por las del artista que modeló el cuerpo y en época distinta que éste; al decir de otros, existe una identidad absoluta de estilos entre ambos fragmentos de dicha estatua.

Hemos de hacer constar, sin embargo, que todos cuantos han examinado la estatua están conformes en atribuir la parte más considerable de la misma, ó sea el cuerpo, al siglo I de nuestra era, como asimismo lo están en ver en ella una reproducción de un modelo más antiguo.

En tanto que la ciencia dice la última palabra acerca de esta controversia entre sabios, el público, indiferente á estas discusiones arqueológicas, acude en masa á las Casas Consistoriales de Poitiers, y los simples aficionados, los que sólo piden á una obra de arte una impresión de belleza, sin preocuparse de conocer la fecha de la misma, se contentan con admirar en aquella hermosa estatua la más preciosa joya de las diferentes colecciones lapidarias de la ciudad y de la Sociedad de Anticuarios del Oeste.

**PAPETE ANTI-ASMATICOS BARRAL** CIGARROS  
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES  
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BUN BARRAL  
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos  
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

**FUMOUZE-ALBESPEVRES**  
 78, Faub. Saint-Denis  
 PARIS  
 y en todas las Farmacias.

**JARABE DE DENTITION**  
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER  
 LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION.  
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.  
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

**Jarabe Laroze**  
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS  
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

**JARABE al Bromuro de Potasio**  
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS  
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Expediciones : J.-P. LAROZE & C<sup>ie</sup>, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.  
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

**ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO**  
 PASTILLAS y POLVOS  
**PATERSON**  
 con BISMUTHO y MAGNESIA  
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.  
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

El único Legítimo  
**VINO DEFRESNE**  
 con  
**PEPTONA**  
 es  
 el más precioso de los tónicos y el mejor reconstituyente.

PARIS : 4, Quai du Marché-Neuf  
 Y EN TODAS FARMACIAS.

**VINO NOURRY**  
 ANEMIA  
 DEBILIDAD  
 LINFATISMO y  
 ENFERMEDADES del PECHO  
 Por su sabor agradable y su eficacia en los casos de  
 Sustituye con ventaja á las Emulsiones y al Aceite de Hígado de Bacalao.

CLIN y COMAR, PARIS — y en todas las Farmacias.

**ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE**  
 Curadas por el Verdadero  
 Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

Las Personas que conocen las  
**PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT**  
 DE PARIS  
 no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

**PATE ÉPILATOIRE DUSSEER** destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSEER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONIANDER Y SIMON